

PRIMERA EDICION DIGITAL

Álvaro Cuadra



Manifestaciones Estudiantiles en Chile

Cultura de la protesta: Protesta de la cultura

*¡Que vivan los estudiantes,
jardín de las alegrías!
Son aves que no se asustan
de animal ni policía,
y no le asustan las balas
ni el ladrar de la jauría.
Caramba y zamba la cosa,
¡que viva la astronomía!*

*¡Que vivan los estudiantes
que rugen como los vientos
cuando les meten al oído
sotanas o regimientos.
Pajarillos libertarios,
igual que los elementos.
Caramba y zamba la cosa
¡vivan los experimentos!*

*Me gustan los estudiantes
porque son la levadura
del pan que saldrá del horno
con toda su sabrosura,
para la boca del pobre
que come con amargura.
Caramba y zamba la cosa
¡viva la literatura!*

Me gustan los estudiantes

Violeta Parra

Índice

	<i>Presentación</i>	4
I	<i>Cultura de la protesta: Protesta de la cultura</i>	8
II	<i>Del liceo a las redes</i>	17
III	<i>La protesta y las narrativas mediáticas</i>	27
IV	<i>Una vanguardia mediática</i>	36
V	<i>Una movilización condicional</i>	44
VI	<i>Camila, yo te amo</i>	53
VII	<i>Protesta: Educación y democracia</i>	61
VIII	<i>Contra cultura: Medios y educación</i>	71
IX	<i>Ausencia Escolar</i>	78
X	<i>Educación y Mercado</i>	84
XI	<i>Notas Pendientes</i>	90
	Epílogo	104

Presentación

Nuestro punto de partida ha sido la constatación del carácter "*estético-performativo*" que ha adquirido la participación política en las manifestaciones estudiantiles en Chile. Hemos avanzado que esta nueva forma de lo político deja atrás el discurso deliberativo que construía un relato anclado en la "*convicción*". Lo que convoca hoy a los jóvenes se relaciona más con la "*seducción*" de una actuación en que cualquier relato cede su lugar a la experiencia derivada de la acción misma. Lo político adquiere así las características de un flujo al que se entra y se sale. Participar es ingresar al flujo en un instante determinado, participar es actuar, hacer. La marcha serpentea las calles y avenidas del laberinto urbano, hay adrenalina en los gritos y altoparlantes, hay "*suspense*" en las siluetas amenazantes de los carabineros dispuestos para el evento. El flujo temporal se experimenta como un avanzar que no reconoce, necesariamente, un "*libreto preestablecido*". Toda marcha es incertidumbre, sorpresa. Ninguna marcha es igual a otra, hay anécdotas y episodios que se viven como únicos e irrepetibles. Toda marcha es, como el mismo decurso histórico, un riesgo.

La marcha enarbola banderas, pancartas y disemina gritos y cantos, pero su "*mensaje*" es políticamente amplio. No se milita en una marcha, se protesta, se reclama, pero no se exhibe un código ideológico acotado. Ya lo hemos dicho, las marchas estudiantiles son la experiencia de lo diverso. Cada sujeto encuentra su expresión en el seno de un grupo que avanza. La participación política adquiere, entonces, la fisonomía de aquello que acontece y, en toda su radicalidad, de "*aquello que nos acontece*". Lo político atañe al cuerpo, es el vértigo de un "*estar ahí*", una "*des-automatización*" perceptual y corporal que subvierte la rutina. La movilización estudiantil pone en relación, a lo menos dos temporalidades, aquella que fluye como "*acontecimiento*" y aquella que fluye como consciencia de "*estar ahí*". Cuidado, "*estar ahí*" no puede traducirse de buenas a primeras como un "*pertenecer a*", esta distinción es sutil, pero exige nuestra atención. *Lo político* como acción mancomunada fue entendido como organización, partido o contingente. Sin embargo, en la actualidad, la muchedumbre es capaz de habitar *lo político* como flujo. Se puede afirmar que "*estar ahí*" es "*presencia en el ahora*", es la constelación que nos convoca a un presente como experiencia. La politicidad de lo político ya no está diferida como utopía ni mediada como discurso. En cada manifestación de los estudiantes, lo político se realiza, es.

La presencia en el "*ahora*" de la marcha es temporalmente ambigua, pues por una parte actualiza

un "*pasado*" de luchas estudiantiles, diríase que entra en una configuración de sentido con un "*presente diferido*", el "*doble*" del presidente Allende acompañando a una columna, en medio de la multitud, es un buen ejemplo de ello. Al mismo tiempo, no obstante, la experiencia del "*ahora*" es el vértice que alimenta un horizonte de lo concebible. Así, el reclamo de una educación pública gratuita y de calidad se ha plasmado en el mundo estudiantil como uno de los posibles del porvenir. Esta proyección a lo concebible nos devuelve al presente como denuncia de su miseria y como reclamo de felicidad y consumación.

Por su parte, el "*Poder*" actúa, literalmente, como clausura de una manifestación. Su "*estar ahí*" es, desde luego, un "*estar político*". Su disposición no es otra que afirmar el orden del presente, y en este preciso sentido, su papel es, ineluctablemente, conservador. Podríamos decir que si la politicidad de una manifestación reside en el flujo mismo, lo político inmanente al "*Poder*" es la ralentización del flujo, cuyo ideal es el mantenimiento de una configuración histórica dada. El "*Poder*" adquiere así su dimensión maquina, burocrática, jerarquizada, y en el límite, sistémica. Podríamos afirmar que la figura del "*Príncipe*" se transforma en un autómata, adquiriendo un "*perfil robótico*" sujeto a un programa que automatiza el tiempo y la violencia. Su lenguaje no podría sino ser lo "*matematizable*", el cálculo estadístico o de probabilidades. Podríamos avanzar la

idea de que las democracias contemporáneas no son otra cosa que una "*performance mediática y estadística*" Con ello se cumple la tríada prefigurada por algunos filósofos como celebración del "*Poder*" y destino último de las sociedades burguesas: Represión policial, seducción consumista y fasto mediático.

En las páginas que siguen, precario escrito de circunstancia, queremos dar cuenta de algunos rasgos que se advierten en las *Manifestaciones estudiantiles en Chile 2011 - 2012*. Nos interesa desplazar la mirada, observando cómo *lo político* adquiere nuevas formas de expresión. Así, contra quienes sostienen una suerte de extinción de la política en una "*sociedad de consumidores*" signada por el *consumo* y la *comunicación*, advertimos más bien modos inéditos de expresión política democrática en que la convicción de la demanda se conjuga con la seducción de la protesta. Asistimos, pues, a un nuevo estadio en el desarrollo de los movimientos sociales en Chile en esta primera década del siglo XXI.

Santiago de Chile, septiembre 2012

Manifestaciones estudiantiles en Chile I

Cultura de la protesta: Protesta de la cultura

1.- *Las manifestaciones como puesta-en-escena*

Las recientes manifestaciones estudiantiles en Chile exhiben una serie de rasgos del mayor interés, tanto político como cultural. Las nuevas generaciones han encontrado nuevos modos de protestar en un país que hasta hace poco parecía adormecido por la seducción de los medios y la publicidad en el seno de una "*sociedad de consumidores*". De algún modo, ha nacido en nuestro país una inédita cultura de la protesta que es, al mismo tiempo, una protesta desde la cultura.

Lo primero que se advierte en las últimas manifestaciones es su marcado acento estético. La muchedumbre se sabe protagonista de una *puesta-en-escena* que espera el horario estelar de los noticieros para una *puesta-en-cuadro*. Este carácter performativo y visual de las protestas es algo nuevo,

pues, más allá de los lienzos y pancartas de marcado tono ideológico, la manifestación es animada por diversas "*acciones de arte*" que van desde cuerpos desnudos a escenificaciones cuasi circenses de arte callejero. Las protestas son espacios de autoexpresión.

Las nuevas armas contestarías incluyen maquetas de los carros policiales, como imagen especular y degradada de la represión, rostros pintados e improvisados cánticos. Más parecido a un "*carnaval*", en el sentido de Bajtín, que a la clásica protesta en las calles. Las manifestaciones estudiantiles se han vuelto fotogénicas y telegénicas. Los estudiantes se saben en los medios de comunicación, hay, por decirlo así, una "*consciencia mediática*" arraigada en ellos. Notemos que la muchedumbre no comparece ya ante un hipotético mañana histórico sino ante las cámaras nacionales y extranjeras. Así, el éxito de la convocatoria no solo se mide por la asistencia al acto sino por el "*tiempo al aire*" de los diversos episodios que la constituyen en los noticieros televisivos nocturnos de ese mismo día: La acción política y la visualidad son, ahora, inseparables.

La narrativa mediática es la que garantiza la *puesta-en-cuadro* de las diversas secuencias de una manifestación, es ella la que construye y refiere la poética de la protesta. La construcción mediática recoge todos los rasgos formales y los convierte en

referencias locales y globales. No olvidemos que existe, además, toda una construcción visual alternativa en la red que compite con los medios. Los vídeos en "Youtube" son subidos por los mismos estudiantes que se registran a sí mismos, multiplicando su presencia en el espacio y en el tiempo.

La figura emblemática de las manifestaciones estudiantiles en nuestro país ha sido, qué duda cabe, Camila Vallejo. Es interesante destacar que el liderazgo es marcado por una líder femenina. Es cierto, no es la primera, no es la única. De hecho, como se sabe, la misma ex presidente Michelle Bachelet cuenta hasta el presente con una elevada adhesión ciudadana. Sin embargo, la lucidez y el glamour de Camila Vallejo constituyen un factor que ha fortalecido la fuerza del movimiento de estudiantes. En una "*sociedad de consumidores*", la protesta estudiantil posee la fuerza de la seducción

2.- *El baile de máscaras*

La estetización de las manifestaciones estudiantiles no significa, de buenas a primeras, una despolitización de las protestas. Si observamos con atención, las protestas estudiantiles están mostrando la conjunción de dos aspectos que aparecían disociados: Convicción y Seducción. De este modo, un movimiento social y

juvenil se apropia del espacio público-mediático conjugando sus demandas con la lógica del espectáculo. Los jóvenes estudiantes resultan ser, paradójicamente, los verdaderos maestros de una "*clase política*" carente de convicciones e incapaz de seducir a la ciudadanía.

Las manifestaciones han dejado de ser un espacio cultural y político compacto y uniforme. Por el contrario, se trata de actos masivos abigarrados y multicolores en que diversos actores políticos y culturales se expresan. En toda manifestación encontramos un flujo de lo diverso, se trata de un movimiento en distintas direcciones que gira en torno a una demanda central: *Educación pública gratuita y de calidad*. La lista es larga: Estudiantes secundarios, estudiantes universitarios, padres y apoderados. Profesores secundarios, profesores universitarios. Artistas, intelectuales, representaciones de minorías étnicas y sexuales, grupos de teatro, grupos ecologistas, ciudadanos indignados y muchos otros. La marcha de lo diverso es carnavalesca y transversal. Lejos de constatar una despolitización de las protestas estudiantiles, estamos asistiendo a una nueva modalidad de la expresión política ciudadana.

Lo carnavalesco incluye en sus márgenes, la escenificación de la violencia. La estética *Hard Core* se nos presente como la irrupción de las fuerzas policiales, sea bajo la forma de amenaza presente,

provocación intencionada o, lisa y llanamente, brutal represión. La violencia puesta-en-escena en las urbes ha sido estigmatizada desde la Comuna de París durante el siglo XIX hasta el presente. Términos tales como "terrorismo", "encapuchados", "violentistas" o "lumpen" dan buena cuenta de ello. La violencia en las manifestaciones se ejerce desde el anonimato: Hay fuerzas policiales, funcionarios anónimos que se enfrentan con medios técnicos a estudiantes anónimos. Como en un baile de máscaras se habla de "infiltrados". Contra lo que pudiera pensarse, el ejercicio de la violencia no fortalece la dosis de politicidad de una manifestación sino, más bien, proporciona un elemento de tensión dramática a la narrativa mediática que justifica, inevitablemente, la "restitución del orden"

3.- *Asinus asinum fricat*

La imagen de un oficial de *Carabineros* junto a algún ministro de estado o al mismo presidente reafirma el orden constituido frente a los "actos de violencia": "*Asinus asinum fricat*", solo un asno frota a otro asno, afirmaban los antiguos. El gobierno de turno celebra a sus fuerzas represivas en nombre de la ley, la moral y la paz social. Los medios de comunicación, desde luego, clausuran su relato con un "*Happy Ending*" en que las demandas estudiantiles son opacadas por el "*vandalismo*" o, en el mejor de los casos, minimizadas por promesas y placebos para que todo siga igual.

No obstante, las manifestaciones persisten obstinadas y cada cierto tiempo regresan inevitables. Hay varias razones que pueden, en principio, explicar este fenómeno. Por de pronto, el hecho notable de que el movimiento estudiantil se ha mantenido a una cierta distancia de los partidos políticos tradicionales. Esto indica que este movimiento social no se inscribe en la "*racionalidad partidocrática*" inherente al Chile republicano e ilustrado anterior al golpe de estado de 1973 y recreado como mero "*pastiche*" desde 1990. Pareciera que junto a las manifestaciones estudiantiles irrumpe una racionalidad de nuevo cuño que estaría más próxima a demandas filosófico-morales que a ideologías estrictas: "*El pueblo unido avanza sin partido*"

Las demandas estudiantiles exceden con mucho lo "*políticamente correcto*". Al igual que los surrealistas, pareciera que a los estudiantes no les basta el imperativo marxista de "*Transformar el mundo*". Se trata más bien de una urgencia moral y vital, menos Marx y más Rimbaud: "*Cambiar la vida*". En este sentido, las manifestaciones estudiantiles ponen de manifiesto no solo una enorme "*brecha generacional*" sino, además, una "*brecha cultural y política*". Las manifestaciones estudiantiles están poniendo de manifiesto un hastío profundo de las nuevas generaciones respecto a lo que es y ha sido este país.

Las protestas de los estudiantes no admiten una lectura política tradicional. Nuestra "*caja de herramientas*" resulta obsoleta ante este tipo de fenómenos. Apenas podemos barruntar algunos aspectos que están orientando este proceso acelerado de cambios. Sabemos que estamos ante síntomas locales de una "*mutación antropológica*" de gran escala asociada a una "*Cultura Global*" o "*Cultura Internacional Popular*". Las demandas de las nuevas generaciones a escala mundial entran en constelación con aquella "*contra-cultura*" del siglo XX, ya no como "*Psicodelia*" sino como aquello que se ha dado en llamar "*Ciberdelia*".

4.- Las Redes y el fantasma de Salvador Allende

Desde un punto de vista más amplio, se hace indispensable considerar dos ejes centrales que están situando a los actores políticos y culturales en este tiempo: Las comunicaciones y el consumo. En la era de la "*cibercultura*", el movimiento estudiantil se desarrolla y se gestiona en el espacio virtual como una expansión del espacio público. Las "*redes sociales*" son habitadas por estos "*cibernautas*" que conversan, discuten y coordinan sus propias acciones. Ya no estamos ante modelos de comunicación centralizados, verticales y masivos al estilo "*Broadcast*" sino ante modelos horizontales, no jerarquizados y personalizados, el estilo "*Podcast*". Esta impronta comunicacional constituye una suerte de matriz que

se proyecta en las relaciones sociales y sus modos de organización. Los estudiantes adscritos a estructuras partidarias estrictas y burocráticas son una minoría, su actuar IRL (*in real life*) sigue siendo "Podcast": El asambleísmo, la autonomía y la acción parecen seducir a los jóvenes de hoy.

Si las nuevas tecnologías y las redes sociales amplían la noción de espacio público, es el consumo el que sitúa a los sujetos en un nuevo imaginario histórico y social. La "*sociedad de consumidores*", en tanto diseño socio cultural, crea las condiciones de posibilidad para formas inéditas de socialización, permitiendo la emergencia de un nuevo "*carácter social*". Es en esta dimensión donde se ha acuñado el concepto de "*narcisismo sociogenético*", para explicar cómo las relaciones de seducción redefinen el individualismo en las sociedades democráticas del siglo XXI. Cualquier consideración sobre los movimientos sociales contemporáneos no puede dejar de lado esta cuestión, pues, en rigor, estamos asistiendo – precisamente – a la confrontación de una cultura secularizada y una "*polis*" anquilosada. Las instituciones sociales, y muy especialmente la educación, aparece extemporánea y vetusta ante una cultura "*mediatizada*". Las burocracias educacionales, secundarias y universitarias, están muy distantes del mundo rutilante que destellan las pantallas y los escaparates. Una clase magistral no puede competir con un grupo de *Rock*.

En este nuevo mundo, empero, la historia sigue presente. Las manifestaciones estudiantiles no solo se apropian del espacio mediático sino que ocupan un espacio urbano lleno de historia, los monumentos y la arquitectura prescriben, todavía, los desplazamientos y el espacio de circulación. Sin embargo, el tiempo histórico también se hace presente como un "*ahora*" que se conecta con un "*otrora*", otro ahora, un presente diferido que vuelve. Entre medio de los estudiantes que se desplazan aparece la imagen, un doble, del presidente Salvador Allende que alienta a los jóvenes y repite incansable su discurso. Esta "*simulación*" es significativa, pues instala en el imaginario actual una figura que más de tres décadas de silencio han querido desterrar. No se trata de una vindicación circunscrita a lo político e ideológico, más bien se enarbola su estatura moral frente a la miseria del presente. Las manifestaciones estudiantiles en nuestro país representan mucho más que una demanda sectorial, pareciera más bien que se trata, casi literalmente, de un lento despertar después de una larga noche de pesadillas y olvidos.

Manifestaciones estudiantiles en Chile **II**

Del liceo a las redes

1.- Los estudiantes sin uniforme

Los estudiantes chilenos están dando cuenta de profundos cambios culturales, en el seno de una "*sociedad de consumidores*" que lejos de abolir lo político más bien transforman su modalidad de expresión cuyas aristas lindan con la *performatividad*, la *visualidad* y el *espectáculo mediático*. Así, la *comunicación* y el *consumo* constituyen los elementos centrales de cualquier análisis del presente. Las manifestaciones estudiantiles se han convertido en *espacio de expresividad*, espacio de lo diverso.

Es interesante tomar nota sobre la escenificación de las protestas de estudiantes. En ella comparece, desde luego, todo el aparato policial dispuesto para ello. Destacamentos uniformados, motorizados, una verdadera tecno burocracia cuya "*expertise*" no es otra que la represión. De este modo, piquetes

especializados, reconocidos como "*Fuerzas Especiales*" (FFEE) o como "*Grupo de Operaciones Policiales Especiales*" (GOPE), constituyen las herramientas policiales antidisturbios que despliegan la autoridad ante los estudiantes. Los estudiantes, por su parte no reconocen ningún "*Dress Code*" prescrito para la ocasión. La mayoría se inscribe en la lógica del "*Jeans*" y el "*Hoodie*", ambas prendas se encuentran en cualquier escaparate y responden más bien a cierta "*moda juvenil*" promovida por la publicidad. Sin embargo, el "*Hoodie*", un polerón con capucha, ha llegado a convertirse en un símbolo global de la rebeldía y la protesta.

El código vestimentario que opone a la policía y los estudiantes pareciera mostrar algo mucho más profundo que una manera de presentación. Al observar estudiantes sin uniforme, se advierte una renuncia a la uniformidad en todos los dominios. En otras palabras, la muchedumbre variopinta da buena cuenta de dos fenómenos concomitantes: Una protesta contra la burocratización uniforme de un sistema educacional normalizado y, al mismo tiempo, el reconocimiento tácito de la individualidad como instancia de legitimación.

La renuncia al "*uniforme*" es, en el caso de los estudiantes un gesto político, mientras que en el aparato policial es, apenas, una astucia cada vez que algún "*funcionario de civil*" se infiltra entre los

estudiantes como parte de su trabajo de inteligencia. Los estudiantes y la policía se yuxtaponen como dos vectores culturales que apuntan en direcciones opuestas. De una parte, "*Orden y Patria*", esto es: territorialidad, estado nacional, burocracia verticalista, orden dirigista, fuerza; de la otra, desterritorialización, mundo global, asambleísmo, participación y movimiento estudiantil.

Las instituciones políticas, y las policiales en particular, hablan desde la *Declaración* que estatuye, impone y defiende un presunto orden o ley. Los estudiantes se instalan en plano de la *Expresión*, esto es, aquellas formas que privilegian la subjetividad, el diálogo y la participación. Esta misma oposición se hace extensiva a los diversos partidos políticos que, en tanto instituciones políticas adscriben a la lógica burocrática de la militancia y el carácter declarativo que los constituye.

2.- Del liceo a las redes

La divergencia entre las instituciones sociales, la "*polis*", y una cierta atmósfera cultural o "*ethos*" pone en evidencia, en primer lugar, la profunda asimetría que se está produciendo en nuestra sociedad entre el dominio cultural y el orden político. La cuestión admite muchas lecturas posibles, sin embargo, se podría

argumentar que las instituciones sociales han sido superadas por la dinámica cultural.

En principio, las instituciones existen para ordenar y regular las prácticas sociales en determinados periodos históricos. Sin embargo, durante los últimos años ha emergido un nuevo espacio en que se verifica un nuevo tipo de prácticas y relaciones sociales. Este desplazamiento ha dejado obsoletas a las instituciones y ha instituido "*prácticas inéditas*" y en el límite, "*nuevos modos de socialización*". Nos asiste la sospecha de que en una sociedad en que la "*Comunicación mediada por computador*" (CMC) se va tornando hegemónica, irrumpen nuevas maneras no solo de comunicarse-relacionarse sino, también, matrices inéditas de organización, participación y movilización social.

Si nuestra hipótesis está en lo correcto, la comunicación centralizada y vertical de antaño, el llamado "*modelo comunicacional Broadcast*" propio de la Guerra Fría, alimentó una cultura del mismo jaez. En la actualidad, el "*modelo comunicacional Podcast*" plantea más bien la horizontalidad, la personalización y el diálogo de todos con todos. Esto explicaría, en parte, el hecho de que las movilizaciones estudiantiles no se fraguan ni se coordinan en los vetustos liceos sino en las redes sociales digitalizadas. Podríamos aventurar que las nuevas matrices culturales derivadas de los modos relaciones en red se plasman

en nuevas formas de organización juvenil, más proclive al asambleísmo *Podcast* que a la tradición burocrática de los partidos políticos.

El liceo en Chile y en gran parte de América Latina se inscribe en la tradición napoleónica quien creó en 1802 el "Lycée" con el claro propósito de formar a la *élite* de la nación. El liceo adquirió pertinencia en nuestro continente como parte del proyecto ilustrado republicano, convirtiéndose en un dispositivo central de la llamada "*modernidad oligárquica*". Hasta bien entrado el siglo XX, tales instituciones de enseñanza administraron el sistema educacional secundario, extendiendo lentamente su cobertura desde las familias aristocráticas hacia una creciente clase media.

Se trataba de establecimientos públicos y laicos de dependencia estatal que regulaba la tímida movilidad social de aquellos años. Lo que nos interesa destacar es que se trataba de instituciones sociales verticalistas y dirigistas, centralizadas en una rectoría que sustentaba un orden. Durante la primera mitad del siglo XX y en el contexto de lo que se ha llamado un *Estado Nacional Democrático Popular*, la organización de los estudiantes cristalizaba en los *Centros de Alumnos* y en una *Federación de Estudiantes Secundarios*. Hagamos notar que tales formas de organización eran, por lo general, tuteladas por los diversos partidos políticos representados a través de

su rama juvenil, al punto de que muchos dirigentes políticos actuales se iniciaron en la FESES.

Si bien en la actualidad subsisten formas de organización estudiantil análogas a las de otrora, no es menos cierto que su quehacer ha sufrido grandes mutaciones. Se constata un debilitamiento de la relación entre la organización estudiantil y los partidos políticos, asimismo se advierte una expansión de expresiones radicales que afirman el carácter *performativo* del movimiento. Las nuevas formas de relación – participación estudiantil se verifican en el *ciberespacio*, es allí donde coordinan las acciones y se establecen los nexos que luego se escenifican en el espacio urbano. Las redes sociales constituyen, de hecho, una suerte de "*asamblea permanente*", garantizada por la horizontalidad y la conexión constante. De tal manera que la irrupción de nuevas modalidades comunicacionales prefiguran nuevas prácticas sociales y políticas que movilizan a cientos de miles de estudiantes en el espacio público.

3.- *No al lucro*

La resistencia a militancias duras no significa, en absoluto, que los estudiantes no expresen con relativa claridad sus puntos de vista políticos. Se advierte una proliferación de movimientos a la izquierda de la izquierda tradicional. Más que una "*enfermedad*

infantil del izquierdismo”, como advirtiera V.I. Lenin, más bien estamos ante una modalidad de pensar y hacer política que excede los marcos normativos de un partido más tradicional, una modalidad *performativa*. Si observamos el énfasis en el despliegue de la subjetividad y el anhelo de *acción* sin dilaciones ni mediaciones, se entiende por qué las posiciones más radicales de corte anarquista, fundamentadas en una matriz liberal, adquieren inusitada relevancia entre los estudiantes, en clara oposición a las tesis tradicionales de la izquierda ortodoxa.

Las protestas estudiantiles han mostrado una clara tendencia hacia la radicalización, alejándose de la tradición partitocrática. Tanto así que el indiscutible liderazgo de Camila Vallejo ha sufrido más de un traspie entre sus pares. No obstante, no todo está dicho y el propio desarrollo político del movimiento estudiantil decantará nuevas tendencias y líderes en el futuro. Lo que resulta claro, y hasta indiscutible, es la estatura de la demanda. Movilizar a más de cien mil jóvenes en pos de una educación pública gratuita y de calidad frente a un estado subsidiario y cautivo de la hegemonía neoliberal es, fuera de discusión, un logro histórico.

El reclamo estudiantil no puede ser resuelto en el marco judicial que nos rige actualmente. Es claro que mientras se mantenga vigente la constitución sancionada por la Junta Militar en la década de los

años ochenta del siglo pasado, no existe posibilidad alguna de modificar sustancialmente el sistema educacional chileno. Esto no es un secreto para nadie, por lo tanto, la demanda estudiantil resulta ser el más radical desafío al orden neoliberal vigente, en cuanto pone en entredicho todo el andamiaje constitucional en que se sostiene el Chile actual. En este sentido, el movimiento estudiantil es visto como una amenaza no solo por el gobierno de derechas sino, también, por el resto de la clase política que se ha constituido a la sombra de la herencia dictatorial.

Se ha pretendido comparar este movimiento estudiantil con aquel de París 1968, se sostiene que alcanzado cierto ingreso *per capita* surgen demandas de país "*desarrollado*" como en la Francia de los sesenta. La comparación resulta más que forzada y falaz, pues a diferencia de la Europa de aquellos años en nuestro país vivimos, apenas, una democracia de muy baja intensidad y un sistema económico que excluye a la mayoría de la población. Chile es un país de gente modesta en que más del 60% de su población sobrevive difícilmente. No hay punto de comparación entre el mundo desarrollado y las precarias condiciones en que se desenvuelve la mayoría de los chilenos, incluido el sistema educacional. Contrariamente a lo que se pretende, Chile muestra los signos de una sociedad profundamente desigual e injusta en que un puñado de familias concentra gran parte de la riqueza, una sociedad, a diferencia de la francesa, donde el estado

ha abandonado funciones tan relevantes como la salud, la previsión social y, ciertamente la educación. El meollo del malestar de los estudiantes, y así lo han proclamado, es entender un derecho fundamental como un "*bien de consumo*", esto es, la consagración del lucro y la mercantilización de los derechos básicos de un pueblo.

El movimiento estudiantil chileno no es un plagio ni ha nacido de "*torpedos*", es una experiencia histórica nueva que nace de un contexto histórico muy concreto, la perpetuación de un orden injusto creado por una dictadura que se prolonga con la complicidad de sus herederos. De allí la tremenda importancia del reclamo juvenil, pues, en definitiva, es la más clara demanda política planteada estos últimos años y que supera con creces el clima de corrupción y demagogia que caracteriza a nuestra clase política: *No al lucro*

5.- Examen final

No es tiempo de apresurar conclusiones, los movimientos sociales no se despliegan ni se desarrollan de manera mecánica. Por ahora, contentémonos con caracterizar sus singularidades y celebrar la justicia y estatura de sus demandas. Las protestas estudiantiles convocan a un país entero, la cuestión planteada sobre la educación, según hemos

señalado, nos lleva a la pregunta de fondo sobre qué país queremos vivir en el porvenir.

El movimiento estudiantil ha puesto sobre el tapete la condición esquizofrénica en la que estamos sumidos; por un lado, una clase política que administra un modelo de país por más de dos décadas en un mundo cada vez más distante y ajeno a la realidad cotidiana de la mayoría de la población y, por otro lado, la irrupción de un movimiento social que muchos se resisten a ver. Dos visualidades en competencia, un país oficial construido por los medios *ad nauseam*, imágenes idílicas de consumo exentas de cualquier contenido político donde un estudiante es sinónimo de delincuente... Un país no oficial, el país de las nuevas generaciones, hastiada ya de tanta demagogia.

Manifestaciones estudiantiles en Chile **III**

La Protesta y sus Narrativas Mediáticas

1.-La condición mediática

La "*represión*" en las sociedades burguesas contemporáneas corre paralela con el despliegue de la "*seducción*" del consumo y el "*fasto mediático*" del Poder. De este modo, la vigilancia policíaca, la publicidad y los escaparates se conjugan con la imagen rutilante de la sonrisa amable de las autoridades mostrando sus presuntos logros. Estos tres fenómenos se anudan en el ámbito de lo comunicacional, sea como celebración o censura.

En un diagnóstico mínimo de los medios, habría que desplazar la noción de "*industria cultural*", propia de la cultura de masas del siglo XX hacia aquella de "*Híper industria Cultural*". La "*condición mediática*" en el seno de sociedades tardocapitalistas globalizadas no es otra que su simbiosis con el gran

capital, sincronizando los flujos simbólicos a los flujos de consciencia de millones de seres: Los medios fabrican el presente histórico. La "*condición mediática*" es de subordinación y, al mismo tiempo, de hegemonía. Subordinación en tanto dependiente de una economía-cultural en la que cualquier medio se inscribe y hegemonía en cuanto al despliegue de su potencial simbólico en el mundo entero.

En el caso de Chile, constatamos un paisaje histórico y sociopolítico que hace del "*neoliberalismo*" criollo una singularidad. En efecto, la adopción de las tesis neoliberales entre nosotros se hace desde un imaginario profundamente oligárquico presidido por una mitología aristocrática que nos acompaña por más de un siglo. Esto le da al capitalismo local su sello de nepotismo, exclusión y clasismo extremo. La "*condición mediática*" traduce esta singularidad como un duopolio que, en el límite, pone en interdicción el principio mismo de libertad de expresión. Es claro que las dos empresas periodísticas hegemónicas en nuestro país están vinculadas a grupos económicos y a intereses políticos bien delimitados. La "*condición mediática*" en el Chile contemporáneo no podría ser sino oligárquica y neoliberal. Mercado y tradición constituyen las vigas maestras que se materializan en la prensa impresa, "*El Mercurio*" y "*La Tercera*". Ambos periódicos constituyen parte de una

arquitectura continental cuya cabeza visible se encuentra en los Estados Unidos.

Con todo, hay que decir que lo impreso va perdiendo aquella fuerza incontrarrestable de la que gozaba en el auge de la "*Ciudad Letrada*" hasta bien entrado el siglo XX. El advenimiento de la modernidad en nuestro país puede fecharse hacia 1922 con la primera transmisión de radio y la conformación de los primeros partidos obreros. Ambos fenómenos están estrechamente ligados a una incorporación de amplias mayorías a las luchas políticas que culminaría con el acceso al poder del Frente Popular. Los "*tiempos de radio*" inaugurados la segunda década del siglo XX conocen su ocaso y transformación con el derrumbe de nuestra democracia representativa en 1973. No olvidemos que el presidente Salvador Allende hace un último discurso a través de las ondas radiofónicas.

Si bien la ley de televisión abierta se había sancionado hacia fines de la década del cincuenta en nuestro país, "*la era de la televisión*" no se consolidaría sino hasta bien entrada la década del setenta. La idea inicial de convertir este medio en instrumento de ilustración para las masas bajo la tutela de las universidades muy pronto fue reemplazada por la idea de hacer de la televisión una vitrina de ofertas del mercado y un espacio de entretención, estrechamente vigilado por un

gobierno autoritario que la instrumentalizó al servicio de sus políticas. El regreso a una democracia formal en los años noventa del siglo pasado trajo la irrupción de capitales privados al mundo televisivo y más tarde, la televisión cable.

La "*condición mediática*" en la actualidad puede resumirse en un doble movimiento de concentración/ diseminación. Por una parte, se mantiene el duopolio a nivel regional que se extiende a los formatos digitales. Sin embargo, las nuevas posibilidades tecnológicas han permitido la emergencia de un "*periodismo digital alternativo*" que está muy lejos de mostrar toda su potencialidad. En la actualidad, se está verificando una ampliación de la televisión abierta y la adopción de tecnologías que determinarán el futuro de este medio, todo ello, por cierto, en el marco de los intereses hegemónicos que operan en el país.

2.- Protestas en Televisión: El relato

Las manifestaciones estudiantiles se han vuelto telegénicas. Esto ocurre, precisamente, en el momento en que la televisión se ha transformado en el centro de toda consideración sobre los medios. Los chilenos se informan, en su gran mayoría, a través de los noticieros televisivos y ya no a través de la prensa escrita. La cultura de la

imagen desplaza la palabra escrita; la "*grafósfera*" pierde su hegemonía en favor de la "*videosfera*". Esto instituye un nuevo "*régimen de significación*", un nuevo estadio de la comunicación mediática.

A primera vista se mantiene una "*economía cultural*" de carácter neoliberal y oligárquica que tiende a mantener los medios en pocas manos, pero al mismo tiempo las imágenes se diseminan y replican al infinito en la red. Insistamos, lo que se llamaba la "*industria cultural*" ha entrado en una fase de aceleración y expansión, los medios se han digitalizado y se multiplican en la red de redes, es la era de la "*Híper industria cultural*". Si antaño los medios eran dirigistas y centralizados al estilo "*Broadcast*", hoy en día se trata más bien de un mundo mediático "*Podcast*".

Todo evento puede ser transmitido "en vivo" y "*puesto-en-relato*" por las imágenes. Las protestas de los estudiantes se convierten así en "*la-noticia-del-día*" en la que confluyen diversos actores sociales. Las nuevas generaciones de estudiantes están muy conscientes de ello. Lo visual posee, de suyo, una componente estética que es un aspecto constitutivo del relato televisivo. Notemos que una transmisión "*en directo*" impone tres operaciones televisuales: "*Describir*" las circunstancias políticas, el paisaje físico y el perfil de los líderes; "*Narrar*" las acciones que se desarrollan ante la vista de los

espectadores y "*Comentar*" el alcance y las perspectivas de las acciones.

La mirada televisiva en nuestro medio va a reconocer ciertos énfasis en estricta conformidad con las pautas emanadas de la autoridad. De este modo, la "*violencia*" va a constituir el centro de gravedad en la construcción del relato. Por una parte, se apela a las "*víctimas*" de la violencia urbana representada por algún comerciante que ve interrumpida su rutina. Por otra parte, se "*generaliza*" un clima de violencia mediante la selección de los episodios más agudos de la manifestación. Notemos que en este modo de relatar un acontecimiento se posterga, justamente, el fundamento de una demanda política y social. La descripción-narración de la "*violencia*" reafirma en el imaginario de la población dos cuestiones centrales en el pensamiento conservador: "*amenaza*" e "*inseguridad ciudadana*". El relato televisivo desacredita la protesta estudiantil y cualquier forma de movilización social, instalándola como una acción que está "*fuera de la ley*".

A la hora de "*comentar*" el acontecimiento, las voces autorizadas para ponderar las acciones emanarán de "*La Moneda*" o alguno de los ministerios, acaso de algún oficial de la policía. El relato monótono en cada ocasión se resume en un grupo de estudiantes, con la participación de

"*elementos violentistas*" que se niegan a un "*diálogo*" con el gobierno. Como es obvio, nadie comenta las demandas políticas y sociales que animan al movimiento y rara vez se invita a sus dirigentes a exponer sus puntos de vista ante la ciudadanía. A todo esto se suman los "*expertos*", un grupo selecto de "*voces esclavas*" cuya tarea es demostrar que la demanda estudiantil es inmadura, no viable, utópica y fuera de lugar.

La "*híper industrialización de la cultura*" es la hegemonía plena del sistema tecno industrial en la producción del imaginario, la experiencia y cualquier memoria posible. Es el hecho político y cultural central de nuestro tiempo. No obstante, es también la posibilidad de erigir medios alternativos capaces de poner en cuestión el discurso oficial. Los estudiantes chilenos han comenzado a aprender la lección y ya es posible encontrar en la red una serie de sitios y una infinidad de imágenes en *Youtube* que constituyen el equivalente de los antiguos panfletos como portadores de la voz contestataria.

3.- Protesta e Imaginario

Las manifestaciones de los estudiantes chilenos nos están mostrando que esta era híper industrial de la cultura, cuyo lenguaje de equivalencia es digital, no es tan solo una guerra tecno económica entre

países o corporaciones sino una guerra por las consciencias, una empresa planetaria por colonizar el imaginario histórico y social que determine "*modos de vida*", "*modos de ser*" y representaciones del mundo. De tal manera que, en cada protesta estudiantil se juega, ni más ni menos, la posibilidad de un horizonte ciudadano democrático.

El Chile actual vive todavía bajo la sombra lamentable de una dictadura que se prolonga en cada una de sus instituciones, en su constitución, pero sobre todo en un clima de "miedo" y "amenaza" ante cualquier demanda democrática. Una experiencia histórica traumática ha instalado en el seno de nuestra sociedad un imaginario del "*temor*", que ha sustituido la noción de "*libertad*" por la de "*orden*". Varias generaciones de chilenos han renunciado a toda forma de expresión vital y democrática a cambio del "*consumo a crédito*", naturalizando un "*modo de vida*", convenciéndoles mediante encuestas que la gran mayoría de ellos es feliz, aunque la vida cotidiana lo desmienta.

En nuestra sociedad se ha instalado un imaginario histórico y social no solo construido desde el miedo internalizado como pauta de vida sino también la de un marcado "*individualismo*". El imaginario que habitamos da buena cuenta de la apropiación de modelos globales, pero también de las trágicas

experiencias locales. No es casual que el Chile de hoy se haya erigido sobre olvidos y ocultamientos, verdadera negación del pasado reciente. El resultado está a la vista, una sociedad mezquina e injusta, timorata y miedosa a la hora de plantearse un futuro político o moral, carente de grandeza espiritual. Un país mediocre que ha olvidado a sus estudiantes, pero también a sus ancianos, a los pobres y a sus propios muertos, instituyendo un modo de vida muy alejado del amor y la libertad, una "*vida enferma*". En los años venideros se hace imprescindible desarrollar con fuerza una cierta "conciencia moral ciudadana" en nuestro país. Una conciencia ciudadana de nuevo cuño, anclada en el nuevo espacio global, sensible a las crecientes amenazas a la paz, el medio ambiente y la dignidad humana. Una conciencia ciudadana global capaz de vivir la diferencia como legítima y necesaria en una comunidad de hombres libres.

Manifestaciones estudiantiles en Chile **IV**

Una vanguardia mediática

1.- De la puesta-en-escena a la puesta-en-red

Al examinar la emergencia de las recientes movilizaciones estudiantiles, se advierte cómo a medida que el movimiento se expande y se desarrolla va adquiriendo, al mismo tiempo, un enorme *protagonismo mediático* que lo instala al centro de cualquier consideración política inmediata. Esta centralidad que adquiere el movimiento estudiantil es capaz de opacar la presencia y acción de otros sectores sociales que comparten el espacio nacional. Si llevamos nuestra línea de análisis al límite, se puede sostener que el movimiento estudiantil ha mostrado su inmenso potencial para orientar y configurar a la totalidad del movimiento social que, finalmente, se subordina a su agenda. En pocas palabras, se puede afirmar que el movimiento estudiantil en nuestra sociedad se erigió en su momento como la "*vanguardia*" de los movimientos sociales.

En la tradición del pensamiento polemológico, político y estético se ha utilizado la noción de "*avant - garde*" o "*vanguardia*" para denominar al grupo de avanzada con respecto al cuerpo principal. Este concepto, se opone por definición a los rezagados, en rigor, la "*retaguardia*". Esta condición de primera línea supone también una desviación o alejamiento de una cierta tendencia hegemónica, toda *vanguardia* es lo novedoso, aquello que se opone a la *tradición*. La *vanguardia* exige una cierta *poesis* o creación que no se puede expresar sino como un *habla idiolectal* susceptible de devenir en el decurso histórico un *habla sociolectal* canónica. Sea que se trate de un grupo de artistas, un comando militar o un movimiento revolucionario de avanzada, lo cierto es que, en cuanto creación, *l'avant-garde* representa el momento del pensamiento *divergente*. Por esto, toda vanguardia es efímera, inestable y experimental.

A partir de estas consideraciones, se puede afirmar que el movimiento estudiantil en nuestra sociedad se erigió en su momento, precisamente, como la "*vanguardia*" de los movimientos sociales, una "*vanguardia sui generis*", o si se quiere, una "*vanguardia mediática*". Al afirmar que el movimiento de los estudiantes chilenos se transformó, en un momento histórico determinado, en una "*vanguardia mediática*", exige precisar en qué sentido y bajo qué condiciones se puede concebir tal noción en el seno de una sociedad signada por el consumo y la comunicación.

Una "*vanguardia mediática*" solo es concebible en una sociedad en camino hacia una *sociedad mediatizada* en que los medios devienen el principio axial de lo social. En un mundo tal, el ágora política se desplaza de las instituciones tradicionales a las pantallas de televisión y a las redes sociales. Esto quiere decir que la *puesta-en escena* ya no es una mera operación televisual sino una práctica social y política que se transforma en imágenes en flujo. Dicho de manera muy sencilla, *la desviación idiolectal y novedosa*, aquel discurso que se opone a una cierta *tradicón* cristaliza, se disemina y se coordina a través de flujos audiovisuales: *la puesta-en-red*. Es en este ciberespacio donde germina un pensamiento que se va a escenificar luego en el espacio urbano.

2.- *Liderazgo, seducción y catálisis*

En una *sociedad mediatizada* un minuto en horario estelar significa mucho más que miles de panfletos e, incluso, que un discurso tradicional en una plaza de la ciudad. Un vídeo en *Youtube* garantiza cientos de miles de visitas en un breve espacio de tiempo, dentro y fuera del territorio donde acontece el evento. Los medios y redes ofrecen tales ventajas que se han convertido, de manera casi natural, en el espacio privilegiado de la política. Sin embargo, hagamos una precisión para evitar la reificación de los dispositivos comunicacionales: Las nuevas tecnologías son capaces de *catalizar* lo político, pero no son *agentes*

políticos en sí mismas. Lo político radica en las tensiones, contradicciones, en el seno de una sociedad, es en ese espacio donde convergen los vectores de fuerzas e intereses capaces de subvertir un orden histórico dado.

Las manifestaciones estudiantiles en Chile han mostrado, en efecto, nuevas modalidades de *expresión de lo político*, nuevos modos de coordinar acciones y han catalizado un movimiento social a niveles insospechados. No obstante, nada de ello autoriza a desconocer el hecho capital de que son los estudiantes y sus demandas por una educación pública gratuita y de calidad los *agentes políticos* que han hecho posible estas manifestaciones. Ahora bien, en este sentido, una "*vanguardia mediática*" es, en este caso, una *vanguardia política* en el más pleno sentido del término, inscrita, al mismo tiempo, en la lógica mediática. Una posible lectura teórico-comunicacional es que un *régimen de significación* es, *tout court*, un *régimen de politicidad*.

Si observamos las formas de liderazgo que ha adquirido el movimiento estudiantil chileno, no podemos soslayar su componente *estético* – *performativa* como rasgo inherente. La presencia de este rasgo en los liderazgos estudiantiles es congruente con la lógica de la *seducción* propia de las "*sociedades de consumidores*". Es bueno detenerse en este punto, pues lo novedoso que plantean las protestas estudiantiles es, precisamente, la

posibilidad cierta de erigir una "*vanguardia política*" en el seno de una "*sociedad de consumo*", crecientemente, "*mediatizada*". Asistimos, pues, a la manifestación de la primera generación de estudiantes socializada en los nuevos parámetros históricos, sociales y culturales.

Nada tiene de extraño, entonces, que los líderes de los estudiantes se desenvuelvan en una atmósfera que nos trae a la memoria a los "*Rock Stars*". El discurso contestatario es hoy, también, seductor y glamoroso. Hagamos notar, de paso, que la música juvenil ha sido, desde hace decenios, uno de los códigos más deletéreos de la cultura burguesa de consumo y portadora privilegiada de las claves contra culturales hasta el presente. No olvidemos que, finalmente, la *contra cultura*, desde la *Beat Generation* hasta la *Psicodelia* y lo que hoy se ha dado en llamar Ciberdelia, son feudatarios de las *vanguardias estético-políticas* de comienzos del siglo XX, entre ellas, el *Dadaísmo* y el *Surrealismo*.

3.- *Hic et nunc*

A diferencia de generaciones anteriores, los estudiantes de hoy han nacido en un mundo carente de un verosímil revolucionario. Tras el ocaso de la Unión Soviética y el descrédito del "*socialismo real y existente*", el concepto mismo de "*Revolución*" se ha

desplazado a las fronteras de un mañana incierto. Es evidente que la caída del muro no ha hecho del capitalismo algo deseable, por el contrario, su hegemonía mundial y su voracidad congénita ha derivado en lo que algunos llaman "*capitalismo del desastre*", cubriendo el planeta entero de violencia, miseria y daño medioambiental.

En este mundo *postcomunista*, los discursos contra culturales se han tornado más minimalistas y plurales, concentrando sus esfuerzos en el "*aquí y ahora*" de la existencia. Toda acción de resistencia ha renunciado al "*Telos*" y a cualquier forma de paraíso diferido, las acciones se resuelven en demandas concretas y en plazos urgentes. En una "*sociedad de consumidores*", sometida por definición a las leyes del mercado y sumidas en insípidas democracias formales y mercantiles, se debilita el concepto de "*clase*", ahora se trata más bien de recuperar la "*ciudadanía*", único modo de restituir lo político frente al orden tecno económico. Las protestas hoy son "*protestas ciudadanas*" en una democracia débil e imperfecta. Así, los *indignados* del mundo entero, los estudiantes en Chile o Québec. La rebeldía frente a las lamentables consecuencias de un orden mundial neoliberal reclama acciones concretas en un presente. Las nuevas movilizaciones adquieren el rostro *estético* (seductor y mediático) y *performativo* (acción concreta, presente y urgente) de *lo político*.

El *aquí y ahora* da buena cuenta, además, de las nuevas coordenadas existenciales de espacio y tiempo. La cardinalidad y la calendariedad instiladas por los medios y las redes imponen la satisfacción inmediata, sin dilaciones, sin mediaciones. Esta verdadera *mutación antropológica* que se constata en las nuevas generaciones y que ya está en curso imprime prioridad a las demandas de los jóvenes. No nos engañemos, cuando los arquetipos de la vida social se han secularizado en una *Cultura Internacional Popular*, ya no es posible responder a tales demandas ciudadanas desde instituciones políticas puramente normativas, burocráticas y deliberativas. En tiempos de *videopolítica*, el tiempo se acelera y los plazos se hacen cada vez más breves.

4.- *Gaudeamus igitur*

El "*Gaudeamus igitur*" es el más reconocido himno universitario en el mundo entero. No se sabe con certeza su origen, aunque se sabe que irrumpió en las universidades alemanas durante el siglo XVIII, lo que llamaron "*Ein Studentenlied*". y se atribuye su música a Cristian Grüntaus (1717), más tarde reelaborada por un teólogo evangélico de apellido Kindleben. Lo interesante de este himno universal es que en su versión original contiene una serie de versos "*políticamente incorrectos*" que han sido, por cierto, silenciados cada vez que en las más egregias universidades del planeta los coros inundan los

áulicos y solemnes espacios de protocolos académicos.

Los estudiantes han sido considerados, por lo general, "*políticamente incorrectos*", porque se oponen a la *tradición*. En la actualidad asistimos en Chile a las demandas de una nueva generación, son ellos los que nos traen noticias del mañana, son ellos los portadores de *lo novedoso*. Lo nuevo es, ni más ni menos, la demanda por una educación pública gratuita y de calidad. En un país mercantilizado hasta los tuétanos en que el mismo presidente afirma que la educación es un "*bien de consumo*", la demanda juvenil no podría ser sino una herejía mayúscula que pone en jaque la superstición neoliberal que ha querido naturalizar la idea de que todo se vende, todo se compra.

El movimiento estudiantil en nuestro país viene a poner de manifiesto el malestar profundo de amplios sectores de la sociedad chilena con un orden de cosas que atañen a lo político, lo económico y lo cultural. No es este el lugar de exponer el *Libro de Reclamos*, pues bien sabemos que la lista es larga. Lo cierto es que la insatisfacción de las nuevas generaciones no disminuye con el tiempo y, digámoslo con franqueza, los placebos ensayados hasta el presente no han funcionado. Año tras año, los estudiantes secundarios y universitarios vuelven a las calles a protagonizar su protesta.

El movimiento estudiantil ha adquirido ya un protagonismo social y mediático que lo convierte en una suerte de "*vanguardia mediática*", en la avanzada que expresa un soterrado "*malestar ciudadano*" que la clase política no ha sabido ponderar adecuadamente. Chile reclama cambios sustanciales. Los problemas relativos al sistema educacional, no son tan distintos a aquellos del sector salud ni a los que aquejan a la previsión social. Chile reclama cambios democráticos que no son satisfechos con el actual ordenamiento que exhibe el país. Pareciera que ante el orden injusto en que estamos sumidos no cabe sino ser "*políticamente incorrecto*" e insistir con los estudiantes en el derecho pleno a una educación pública gratuita y de calidad para todos.

Manifestaciones estudiantiles en Chile V

Una movilización condicional

1.- Movilización condicional

Después de las cruentas experiencias dictatoriales en América Latina, y muy especialmente en Chile, ha emergido una revalorización del concepto de "democracia" y "Derechos Humanos". Esta valorización corre paralela a un descrédito de cualquier forma de "violencia" en el ámbito político y social. En su aspecto positivo, se puede alegar que se trata de una suerte de aprendizaje social ante la brutal barbarie del secuestro, la tortura y el asesinato como prácticas asociadas a los aparatos de seguridad propios de los gobiernos militares. Sin embargo, en su aspecto negativo, se puede constatar que esta "dulcificación" de las pugnas políticas escamotea, precisamente, su condición agonística, confrontacional.

Las protestas estudiantiles se enmarcan, desde luego, en este "ethos" almibarado y "soft" que preside

nuestra democracia pos dictatorial. Se puede decir que, desde un punto de vista *meta histórico*, nuestra sociedad se aleja del *clima trágico* de la era Pinochet para inaugurar un *tiempo de comedia o farsa*. Nada hay nada de peyorativo en esta constatación, sino que más bien nos invita a pensar el presente tal como insinúa Marx en aquella famosa sentencia que estampara en *El 18 Brumario*: "*Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y otra vez, como farsa.*"

Las movilizaciones protagonizadas por los estudiantes chilenos han mostrado su enorme capacidad *estético – performativa* que ha erigido a este sector social en una verdadera "*vanguardia mediática*". La cuestión, empero, es si acaso esta inmensa *potencia estética* es susceptible de transformarse en *eficacia política*. Hasta el presente, los resultados concretos tendentes a una transformación de fondo del sistema educacional han sido magros. Las autoridades han optado más bien por estrategias cosméticas en el marco de la ideología neoliberal, oponiéndose al reclamo estudiantil definido más como una práctica "*democrática radical*". Notemos, no obstante, que todos los sondeos indican la enorme simpatía que genera el movimiento estudiantil en la ciudadanía.

La situación, entonces, se puede sintetizar como un sector social movilizado que despierta adhesión de una amplia mayoría de conciudadanos, pero incapaz de concretar, mínimamente, sus anhelos. Para explicar esta paradoja habría que considerar el singular ordenamiento político chileno tras la experiencia dictatorial. Por de pronto, digamos que si bien los militares se han alejado formalmente de las funciones públicas que ejercieron por diecisiete años, no es menos cierto que han dejado instalado en el país un ordenamiento constitucional que prescribe los límites de la democracia entre nosotros. Así las cosas, la situación presente es que quienquiera que ostente el poder político formal debe hacerlo según el "*libreto militar*", diseñado explícitamente para evitar una "*crisis institucional*" en nuestro país y garantizar el "*orden*" político y, sobre todo, tecno económico.

Esto nos obliga a revisar el descrédito de toda forma de "*violencia*" ya no como un imperativo político, moral o terapéutico sino como una "*condición impuesta*" para el ejercicio de la "*democracia*" por un sector social determinado. Tengamos presente que el concepto mismo de "*violencia*" ha sido re-semantizado por los medios, al punto que la palabra "*estudiante*" es utilizada sin titubeos como sinónimo de "*delincuente*". La "*violencia*" se entiende entre nosotros como cualquier conducta que amenace la propiedad o como cualquier protesta contra la *tradición*, esto es, el ordenamiento moral, jurídico e institucional del país. Todo ello explica, aunque sea

parcialmente, por qué una democracia entre nosotros no podría ser sino "*una democracia de baja intensidad*". Explica, además, la enorme presión mediática y oficial por desterrar toda forma "*violenta*" del ámbito político, sea que se trate de agrupaciones mapuches, estudiantiles o de trabajadores. El desplazamiento de la condición agonística de *lo político* al universo simbólico *estético-performativo*, es, al mismo tiempo, una forma inédita de expresión política y la atenuación de su propia eficacia.

2.- *El año académico: Tomas y desalojos*

Entre las diversas formas que adquiere la protesta urbana de los estudiantes está, por cierto, la "*toma*", la ocupación de los edificios de las diversas instituciones educacionales, liceos o facultades. A diferencia de la "*barricada*", la "*toma*" no es, propiamente, un anacoluto en la sintaxis urbana, es decir, no ocupa el espacio público, interrumpiendo el tránsito de vehículos y enfrentando a la policía. Se trata, por el contrario, de ocupar el espacio institucional que suspende su normal funcionamiento. La "*toma*" está circunscrita al dominio educacional y, en este sentido, se trata de un gesto político confinado a la particularidad del sistema educacional. Desde una perspectiva táctica, la ocupación de locales pareciera poseer un alcance más moral que material, tal y como pensaba Friedrich Engels de la "*barricada*" en el siglo XIX.

Lo novedoso de nuestra contemporaneidad es que una "toma" se levanta como reclamo moral y político en tanto *imagen mediática*. Una "toma" impacta en cuanto es convertida en una "noticia" en virtud de la prensa y la televisión. Al igual que la marcha callejera, la "toma" señala una suspensión del curso rutinario de acontecimientos. La dimensión política de una "toma" se juega, precisamente, en suspender el proceso propio del sistema educacional. Así, la "toma" no es solo una subversión espacial sino una subversión del tiempo, es la irrupción de un tiempo otro. Se ocupa un local, pero, además, se interrumpe el "año académico" prescrito por la autoridad para instituir el calendario de la protesta. En pocas palabras, la "toma" es la emergencia de un tiempo político. Por el contrario, el "desalojo" no es sino la restitución de un espacio y un tiempo "normal". La "normalidad", claro está, es la reposición tautológica de un orden naturalizado que supone la destitución de lo político. El concepto mismo de "estudiante" está concebido como un sujeto en formación al que no se le reconoce ciudadanía, por consiguiente, a escala nacional se le considera idealmente *apolítico*.

Esto es interesante porque cualquier "desviación" de este supuesto adquiere el tinte de lo ilícito, lo delincuencia. El relato mediático da cuenta de ello cada vez que apela a la noción de "infiltrados" para explicar los abiertos desacatos frente a las fuerzas

represivas. Un *"infiltrado"* es alguien que no pertenece al estamento estudiantil sino un *"anti social"*, un *"violentista"* o un *"encapuchado"* Conviene detenernos, sucintamente, en este punto, pues el movimiento estudiantil es concebido como *"políticamente correcto"* solo en tanto despliega su potencial *"estético - performativo"*, pero es tratado con extrema dureza si traspasa los límites impuestos por el *Ministerio del Interior*. A este respecto, el *"síndrome Molotov"* es elocuente, pues en este caso las fuerzas policiales actúan inmisericordes ante la más mínima sospecha, como en tiempos de dictadura, frente a *"extremistas infiltrados"*

Un movimiento social, como el de los estudiantes chilenos, ha sido inscrito en un reticulado de *"doble vínculo"* en que su expresión es, por una parte *"reclamo en tiempos de democracia"* y, por otra parte, una clara *"amenaza extremista"* Desde el punto de vista de la autoridad, se yuxtapone la lógica *"policia-represiva"*, herencia directa de una dictadura y legitimada constitucionalmente como *"principio de autoridad"*, con la lógica *"demo - liberal"* que intenta establecer medidas cosméticas ante las demandas estudiantiles. Esta estrategia que constatamos respecto de las manifestaciones de los estudiantes se hace extensiva a otros movimientos sociales en el país.

3.- *La pérgola de las flores*

La pérgola de las flores, escrita por Isidora Aguirre y musicalizada por Francisco Flores del Campo fue estrenada en 1960. Esta importante obra nacional posee la virtud de poner en escena ciertos rasgos de la sociedad chilena de principios del siglo XX. Entre los personajes está Alcibíades, el ficticio alcalde de Santiago que se ha hecho inolvidable como arquetipo del político criollo al cantar: "*Cuando un radical me pide apoyo / no le digo nunca no,/ cuando un liberal me pide votos / no le digo nunca no;/ a los candidatos pelucones / siempre les digo que sí,/pero cuando quedo solo / hago lo que me conviene a mí*" Al igual que este alcalde, nuestras figuras políticas han mostrado lo peor de sí ante las manifestaciones estudiantiles.

El oficialismo ha oscilado entre la promesa demagógica y la amenaza policial mientras que los opositores concertacionistas, apuestan al oportunismo, no sin cierto descaro, desconociendo que muchos de los actuales reclamos responden, en último trámite, a la negligencia de cuatro gobiernos sucesivos de este conglomerado en lo relativo a la educación. En la lógica cupular que caracteriza su *modus operandi*, los políticos de turno, de los diversos partidos, ensayan su sainete legislativo para que todo siga igual ante la indignación de los estudiantes presentes en la sala. Mientras la derecha muestra su

rostro policíaco encarnado en un personaje como Cristian Labbé, ex agente DINA y vociferante pinochetista, los más astutos prefieren la demagogia que promete más becas y subsidios al sector educacional, sin atender a la demanda clara de poner fin al lucro.

La derecha insiste en su lógica neoliberal de entender lo educacional como un "*bien de consumo*" y, por lo tanto, transable en el mercado como cualquier mercancía. Las figuras concertacionistas, por su parte, muchas de ellas desacreditadas por corruptelas y comprometidas en el negocio, se han convertido en cómplices del actual estado de cosas, guardando silencio o, simplemente, proponiendo reformas menores de carácter paliativo. En Chile hemos llegado a un punto singular en que el estamento político formal, oficialismo y oposición, confluyen en su oposición a los movimientos sociales. Esto se explica por la radicalidad democrática de la demanda planteada por los estudiantes y por la enorme red de intereses en torno al negocio educacional.

La educación es un negocio de varios cientos de millones de dólares como ha sido ampliamente denunciado y que, en el límite de la legalidad, utiliza diversos resquicios para hacer que instituciones "*sin fines de lucro*" se conviertan en lucrativos y prósperos negocios. El modelo neoliberal instituye una modalidad en que un derecho, otrora garantizado por

el estado, se transforme en una mercancía tal y como ocurre con la salud, la educación y la previsión social. En una sociedad en que el ámbito político se subordina al orden tecno económico, nada tiene de extraño que, finalmente, la clase política, se someta y participe de las enormes inversiones e intereses que han hecho de la educación un interesante rubro comercial. La clase política no solo ha olvidado la más mínima ética cívica en torno al "*bien común*" sino que, de paso, ha renunciado a su función fiscalizadora. Eso tiene un feo nombre y se llama "*corrupción*"

Manifestaciones estudiantiles en Chile **VI**

Camila, yo te amo

1.- El "neoliberalismo oligárquico" en Chile

Cuando una nación está gobernada por unos pocos, unas cuantas familias poseedoras de gran parte de la riqueza, se puede hablar con propiedad de una forma política oligárquica. Advirtamos que riqueza no es sinónimo de capital, por tanto ha habido en la historia oligarquías no capitalistas. De hecho, en la historia de Chile durante la segunda mitad del siglo XIX se produce una apropiación y reinención del imaginario burgués "*moderno*" que había cristalizado en París, precisamente, por una oligarquía que podríamos calificar de pre-capitalista, dando como resultado un híbrido que se ha llamado "*modernidad oligárquica*". Lo interesante de la cuestión es que, aun cuando lo oligárquico es una forma política reconocida desde la antigüedad, es también un imaginario histórico social que atraviesa toda la cultura de una sociedad.

En nuestro país se puede rastrear el "*imaginario oligárquico*" en la prensa periódica de la época, pero también en la disposición espacial de barrios y en la arquitectura de la capital como una cierta "*ecología de clases*" que separa un Santiago ilustrado, cristiano y opulento de aquellos arrabales que don Benjamín Vicuña Mackenna calificó como un verdadero "*potrero de la muerte*". La ciudad pobre no es concebida sino como un "*injerto*", solo sujeta a medidas de higiene, control policial y al negocio inmobiliario. Fue este *imaginario* el que adquirió plena vigencia a fines del siglo XIX, tras la derrota de Balmaceda, y hasta las primeras décadas del siglo XX. Entre nosotros, la oligarquía se expresó a través del llamado "*mito aristocrático*", una narrativa que limita con el "*ocio*", el "*buen tono*", el "*dinero*", el "*linaje*", el "*apellido*", la "*raza*" y una visión muy particular del poder como una extensión natural de sus prerrogativas.

El "*imaginario oligárquico*", sin embargo, nunca nos ha abandonado del todo, al igual que la pátina en las estatuas de bronce, se adhiere de modo natural a cierto pensamiento conservador hasta nuestros días. De algún modo, la dictadura militar de Pinochet, alimentó e instrumentalizó este *imaginario* en el seno de una oficialidad, tan arribista como ritualista, para investir la ignominia de un "*aura*" de imposible decencia. En el Chile de hoy, se puede afirmar que, efectivamente, estamos sumidos en un "*neoliberalismo oligárquico*", donde un puñado de familias concentra el poder y la riqueza del país. Los

vértices de la narrativa de derechas siguen siendo, en lo fundamental, los mismos; todavía importa entre nosotros el apellido, la raza y, desde luego, el dinero.

La misma "*ecología de clases*" que detectamos en el paisaje urbano como ordenamiento topológico se advierte en la distribución de los establecimientos educacionales y en lo que podríamos llamar una "*ecología educacional de clases*", una historia que está por escribirse. La educación en nuestro país, es, ha sido y sigue siendo un sistema educacional marcadamente clasista, subordinada a un cierto "*imaginario oligárquico*" que bajo nuevos rostros sigue excluyendo a quienes no se reconocen entre los privilegiados. Esta exclusión opera tanto a nivel de jardines infantiles, colegios básicos, secundarios y universidades. La educación prescribe un trayecto para los oligarcas, un trayecto para sectores medios y otro para pobres. Si bien existen prácticas filantrópicas para tranquilizar las conciencias públicas y privadas, lo cierto es que estamos muy lejos de ser una "*sociedad abierta*" donde la movilización social sea una realidad. Como en un régimen de "*castas*", se estudia para gerente, se estudia para funcionario, se estudia para trabajador en el mejor de los casos.

Una de las paradojas que vive el país bajo un gobierno de derechas es, justamente, la imposibilidad de avanzar hacia el despliegue de todas las fuerzas productivas del capitalismo que, dicho en términos

marxistas, significaría una "*revolución democrática burguesa*", por sus limitaciones culturales ancladas en la mitología conservadora. El "*imaginario oligárquico*" no solo significa la imposición de condiciones miserables hacia los trabajadores y el mantenimiento de formas políticas arcaicas heredadas de una dictadura sino, y muy especialmente, un lastre a la posibilidad misma de dinamizar su propio proyecto tecno económico, y la imposibilidad de avanzar hacia diseños políticos más democráticos. Esta contradicción cultural del "*neoliberalismo oligárquico*" lo torna políticamente inepto e incapaz de ir más allá de sus propios límites y prejuicios. Esta parálisis congénita de la que adolece la derecha le impide concebir la educación como un derecho de todos los chilenos.

2.- La nueva percepción y participación política

Llama la atención que mientras la noción de "*clase*" ha sido expurgada del *imaginario* de la masa de consumidores, cualquier especialista en *marketing* conoce de memoria la categorización de "públicos" ABC 1, C2 etc. Esto significa que subjetivamente no hay una conciencia plena del lugar social que se ocupa, ese lugar ha sido reemplazado por la autoconciencia de tipo narcisista, exaltando el "*individualismo*"; aunque objetivamente, somos sujetos de estrategias altamente estratificadas de mercadeo. Este fenómeno psicosocial se traduce en la emergencia del llamado "*consumidor*" que desplaza

del espacio público al "*ciudadano*" De este modo, los nuevos públicos se comportan como "*consumidores*" en un mercado incluso frente a las elecciones políticas. Por ello, la propaganda política adquiere la fisonomía del "*marketing político*" en el cual, como se sabe, un candidato es un producto y un partido una marca. La gran masa de "*consumidores*" sumergidos en el nuevo imaginario y despojados de una conciencia social e histórica del lugar que ocupan, instituyen un clima de aparente de "*individualismo igualitario*", el llamado "*homo aequalis*"

Si todos somos "*consumidores*", todos somos iguales. De alguna manera, el espacio público se ha transformado en un gran "*supermercado*". Esto posee consecuencias inmediatas en el ámbito político, no solo en relación a los procesos electorales sino en los comportamientos relativos a los reclamos y demandas. Los reclamos de los "*consumidores*" ya no obedecen a grandes relatos ideológicos y mucho menos a una regimentación partidista, se constata más bien una fragmentación en lo diverso y un flujo laxo que adquiere densidad episódica frente a puntos concretos. Si bien algunos signos de antaño persisten, lo hacen solo como guiño estético contestatario; así, el rostro del Ché estampado en una camiseta o cierta música "*contestataria rétro*" que inunda algunos ambientes.

Ante una realidad como la descrita es fácil confundirse y decretar sin más una desaparición de *lo político* y el *fin de la historia*. Nada más alejado de la realidad. Digamos, de partida, que la situación actual es, en primer lugar, un momento histórico que entraña, de suyo, una dimensión política y social. La mejor muestra de ello, lo constituye, precisamente, el desarrollo de las manifestaciones estudiantiles. La cuestión, entonces, es establecer la "*singularidad*" política y social de este momento. La pregunta adecuada debiera apuntar hacia las nuevas condiciones creadas cuando el capital se hace lenguaje, cuando sus imágenes prescriben y ordenan la nueva subjetividad de los "*individuos*", esculpiendo un nuevo "*carácter social*" en el Chile actual.

Un principio de respuesta a la interrogante planteada la han entregado las movilizaciones estudiantiles. Las nuevas generaciones de estudiantes han irrumpido en el escenario nacional "*seduciendo*" y "*comunicando*" sus demandas y con ello "*lo político*" hoy. Notemos cómo las cualidades inmanentes a los productos del mercado, su condición de "*efímeros*" o de temporada que exigen el cambio constante, su capacidad de "*seducción*" y, por último, la "*diferenciación marginal*" o la cualidad de novedosos, todas están contenidas en las protestas de estudiantes. Las protestas estudiantiles han "*invertido*" la lógica del "*marketing*"; las movilizaciones invierten el vector utilitarista y mercantil, "*des - automatizando la percepción y la participación política*". Si el mercadeo "*domestica*" a la

muchedumbre, "automatizando" su percepción y regimentando su imaginario, la protesta procede de manera exactamente inversa. Si antaño lo político se manifestaba desde el discurso deliberativo, sintagmático, apelando a la "convicción", en el presente, la acción y la imagen de la acción es "seducción" Esto nos lleva a la inquietante sospecha de que *lo político* bien puede cristalizar, ya no como un discurso lógico-argumentativo sino como "experiencia estética radical", "Happening", nueva forma de percepción y participación política.

3.- *Camila, yo te amo*

Cada vez que en las movilizaciones de estudiantes escuchamos los gritos por una educación pública, gratuita y de calidad, se está impugnando una "ecología educacional de clase" que, en nuestro país, tiene ya más de dos siglos de existencia. Si establecemos la analogía con el espacio urbano, podríamos decir que existe una ciudad opulenta, cristiana e ilustrada en que un estudiante tiene asegurada una educación de calidad desde el "Kindergarten" hasta alguna prestigiosa universidad europea o norteamericana, en tanto que en el "potrero de la muerte", la deserción escolar, el embarazo precoz y la drogadicción son el preámbulo de una vida mínima y marginal. Hasta hoy, las diversas medidas en el ámbito educacional no han hecho sino reproducir en cada nueva cohorte las mismas desigualdades, el

trágico destino de miles de niñas y niños de este país a los que se les ha negado sistemáticamente cualquier otra posibilidad. En el límite, se trata de una decisión política postergada desde siempre y moralmente inaceptable.

La aparición de una figura emblemática como Camila Vallejo ha logrado darle un rostro tan hermoso como lúcido al reclamo estudiantil. Ella junto a sus compañeros tienen todavía un largo camino por recorrer, un camino no exento de riesgos y dificultades. Sin embargo, las movilizaciones estudiantiles constituyen ya un primer paso en la dirección correcta. Como en todas las empresas históricas, y esta lo es qué duda cabe, se mide la estatura política de sus líderes. Saber que detrás de estos dirigentes estudiantiles están las siluetas de miles de niños de familias pobres que esperan mucho más de su país le confiere a las protestas estudiantiles una estatura moral que no hemos visto en el país por varias décadas. Despertar a un pueblo para restituir la justicia social allí donde ha sido pisoteada es una de las cotas más altas a la que puede aspirar un ser humano. *Camila, yo te amo.*

Manifestaciones estudiantiles en Chile **VII**

Protesta: Educación y democracia

1.- Educación pública, gratuita y de calidad.

En las sociedades burguesas del siglo XIX, Francia en primer lugar, se instituyó "*l'éducation publique*" de tipo laica y de acceso libre para todos los ciudadanos. Tal logro se entendió, por cierto, como un "*derecho ciudadano*" garantizado por el estado. De este modo, el laicismo se opuso al verdadero monopolio clerical en la educación. Ese mismo espíritu se instaló en tierras americanas donde el peso de la Iglesia era incontrarrestable en los albores de nuestra república. Sea bajo la forma filantrópica, como las "*Escuelas Matte*" o como débiles políticas de gobierno, la tendencia fue la misma, ampliar este derecho de la ciudadanía. Los gobiernos de tipo socialista no hicieron sino profundizar esta tendencia modernizadora. Así, el gobierno del *Frente Popular* encabezado por don Pedro Aguirre Cerda en Chile cuyo lema "*Gobernar es educar*" es elocuente, otro tanto aconteció con las revoluciones triunfantes como es el caso de Cuba donde una de las primeras políticas

del nuevo gobierno fue establecer una radical "*campaña de alfabetización*"

Desde otro punto de vista, se puede afirmar que la "*educación pública*" fue, al mismo tiempo, una "*educación alfabética*". La "*lecto-escritura*" era el dispositivo axial que organizó no solamente la cultura sino, también, todo el currículo desde el nivel primario hasta la universidad. La "*grafósfera*", es decir, el universo escritural, organizó la cultura, tanto como modo de producir, distribuir y consumir bienes simbólicos, así como una manera particular de entender el mundo. Esta "*cultura letrada*" nos proporcionó una manera de comprender y practicar *lo político*, cuyos ejes se hallan en la figura del "*tribuno*", pero también en la expansión de la literatura y la prensa.

Entre las muchas tensiones que atraviesa hoy la cuestión educacional se encuentra, justamente, un debilitamiento paulatino de la "*educación alfabética*" y el advenimiento de una "*cultura virtual*" que, hasta el presente, no se traduce en una "*educación virtual*". Esta nueva "*cultura virtual*" merece nuestra atención no solo en cuanto la hegemonía tecno industrial plena y de alcance planetario sino y, muy especialmente, como un estadio de la cultura humana en el presente. Las habilidades lecto-escriturales van cediendo su espacio a los signos audio visuales dispuestos en una red digital, estamos ante la emergencia de una

"videósfera". Este nuevo "régimen cultural" entraña mutaciones en los procesos de socialización y, ciertamente, en el estatuto mismo del "saber" en las sociedades tardo capitalistas.

Conviene tener presente estas consideraciones, pues, atienden a un fenómeno mundial que se relaciona con uno de los reclamos estudiantiles planteados por los estudiantes. En efecto, el reclamo estudiantil posee una doble dimensión: Por una parte, se quiere el reconocimiento de la educación como un "derecho ciudadano" elemental, esto es, una educación pública gratuita. Se trata de restituir aquel principio que estuvo al origen de la educación pública y oponerlo a la tesis neoliberal que lo asume como un "bien de consumo" Se le reclama al estado que vuelva a ocupar su papel protagónico frente a un mercado voraz e injusto.

Sin embargo, más allá del reclamo histórico de los estudiantes por la restitución de un principio democrático de larga data, está contenida una demanda por la "calidad" de la educación. Contra lo que pudiera pensarse, y por hereje que parezca a primera vista, el problema de la "calidad" de la educación es mucho más complejo y de difícil resolución que la restitución de su carácter gratuito y público. Esto es así porque no existe, todavía, una pedagogía ni un modo de gestión educacional capaz de hacerse cargo del nuevo "régimen cultural" Se

instala, por lo pronto, una interrogante no fácil de responder, qué se entender por "*calidad*" en el presente siglo. En pocas palabras, no hemos desarrollado una "*inteligencia pedagógica*" que garantice un proceso enseñanza-aprendizaje de calidad y a la altura de la época en que nos toca vivir.

2.- De la filantropía a la licantropía

Si bien la pregunta por el concepto de "*calidad*" en la educación en el siglo XXI es más que pertinente, la cruda realidad de nuestro país impone restricciones mínimas. Lo concreto y lo cierto es que el deterioro de la educación en Chile es de tal magnitud y posee tantas aristas que exige morigerar las cuestiones teóricas. Como en muchas actividades del país, incluida la "*democracia*", estamos ante una "*impostura*" en que miles de profesores "*fingen*" enseñar, miles de estudiantes "*fingen*" estudiar y el país "*finge*" que se ocupa de la educación de los chilenos. En una mirada panorámica al desastroso estado en que nos encontramos debiera considerar, como mínimo, que existen colegios primarios en regiones del país con un profesor único, o que la enseñanza secundaria gasta miles de horas en idioma inglés sin que los estudiantes adquieran las más mínimas habilidades en esa lengua. La gran mayoría de los estudiantes graduados de "*Educación Media*" no hablan inglés, pero tampoco "*hablan*" matemáticas, física, biología y escasamente manejan su lengua

vernácula. Estamos certificando a generaciones de estudiantes mal preparados que no poseen, siquiera, las competencias básicas para integrarse al mercado ocupacional.

A esto se agrega un contingente de profesores con una formación universitaria débil, mal pagados, escasamente valorados socialmente, ayunos de estímulos y ajenos a políticas de perfeccionamiento y capacitación. Todo ello en un marco jurídico y administrativo aberrante en que la figura de un "sostenedor" convierte la educación en un negocio y su presencia en un lastre para cualquier reforma, mientras los gobiernos locales, municipios, han resultado incapaces de administrar mínimamente los colegios a su cargo. Todo ello en el deprimente escenario de edificios en mal estado, sin calefacción donde, muchas veces, el problema no es la enseñanza sino el almuerzo, el desayuno, la violencia o el consumo de drogas.

A nivel universitario la situación no es más alentadora, si bien la ley cualifica estas instituciones como entidades "sin fines de lucro", todos saben de la figura legal de una "inmobiliaria" asociada que permite burlar la ley. Si antaño fue la "filantropía burguesa" la que se sumó a los esfuerzos educacionales del país, hoy es más bien una suerte de "licantropía" la que preside el mercado de la educación superior. Tal como reza el antiguo adagio latino "*Homo homini lupus*", en

Chile muchos empresarios de la educación se han convertido en "lobos", cuyo objetivo central es lucrar con el derecho de sus semejantes a la educación, endeudando a miles de familias que invierten sus esfuerzos para formar y educar a sus hijos.

Esta visión crítica, sin embargo, no debe llevarnos al pesimismo absoluto. Asumir el estado catastrófico en que nos encontramos es ya un primer paso. Las manifestaciones de los estudiantes, casi inadvertidamente, constituyen un signo alentador y ponen la cuestión en una dimensión política y moral. Los cientos de miles en las calles están testimoniando la conciencia de que lo que está ocurriendo con la educación en Chile no está bien, y mejor aún, los estudiantes nos están diciendo "*esto que acontece en nuestro país no es correcto*" Ha cristalizado en este momento la conciencia histórica de que nuestra sociedad debe plantearse cambios de fondo.

3.- Las encuestas y la desmovilización estudiantil

El actual gobierno de derechas, con el auxilio de la máxima autoridad eclesiástica, busca desalentar a los jóvenes que protestan mediante llamados a la "*paciencia*" y esgrimiendo sondeos según los cuales nadie quiere violencia callejera ni "*tomas*" de colegios. Se argumenta que la movilización estudiantil se habría desnaturalizado para convertirse en una demanda

política. Las autoridades buscan instalarse en cierto "*sentido común*", insistiendo en "*lugares comunes*" que no atienden al fenómeno estudiantil. Lo primero que habría que advertir es que la movilización estudiantil es, por definición, un acontecimiento político y social. Si bien la demanda de los estudiantes se enmarca en el ámbito educacional, es claro que su horizonte interpela el actual estado de cosas en nuestro país. De suerte que la instrumentalización de sondeos o los llamados de la Iglesia constituyen, esencialmente, gestos políticos destinados a la desmovilización estudiantil.

La movilización de los estudiantes se suma a los reclamos en sordina de otros movimientos sociales. Se trata de una movilización democrática que demanda cambios político institucionales en el país. El ordenamiento político e institucional de nuestro país se basa en una "*gramática*" estatuida en la constitución. En rigor, estamos sumidos en una "*cultura gramatical*", un universo en que "*lo legal*" y "*lo ilegal*" está estampado en "*un libro*". Ahora bien, sabemos de sobra "*quién*" y "*con qué propósito*" escribió dicho texto constitucional en la década de los ochenta del siglo pasado. La movilización social democrática entraña, necesariamente, un horizonte político que no puede ser otro que abolir "*el libro*" cuya "*legalidad*" consagra la "*injusticia*", sometiendo a las mayorías a condiciones paupérrimas en todos los aspectos de la vida a favor de grandes intereses económicos. El reclamo democrático no podría ser otro

que poner término a una constitución antidemocrática. Todo gesto por desmovilizar y desprestigiar el movimiento estudiantil, como hace el gobierno de la mano de dignatarios religiosos, afirma, consciente o inconsciente de ello, una legalidad profundamente inmoral e instituida como "*gramática oficial*" hace tres décadas por una dictadura militar.

4.- *Riesgos y perspectivas*

Un distinguido analista político, propone una visión comparativa entre las movilizaciones estudiantiles de la actualidad respecto al año precedente y detecta lo que él llama "*El desinfle del año después*", en una línea próxima al actual gobierno que exhibe cifras según la cuales la ciudadanía rechaza las "*tomas*" y todas las formas de violencia. En un gesto temerario llega a plantear la pregunta: "*¿Por qué fracasan o terminan diluyéndose los movimientos sociales?*" que pretende reeditar entre nosotros la interrogante propuesta por Gladwell: "*Why the Revolution will not Be Tweeted?*"

Las revoluciones no pueden ser fruto de tales o cuales tecnologías. Éstas, en efecto, "*catalizan*" fenómenos históricos y sociales pero no se constituyen como "*agentes*" de cambio en sí mismas. No obstante, ello no autoriza a pronosticar, en la actualidad, el fracaso los diversos movimientos sociales que se están dando

en el mundo entero. La experiencia egipcia, por ejemplo, demuestra que un movimiento ciudadano ha sido capaz de hacer caer un gobierno y cambiar el rumbo histórico de ese país.

En el caso de Chile, es cierto que entre nosotros se afirmó una institucionalidad "*partitocrática*" que administró lo político, tempranamente, durante gran parte del siglo XIX y XX, debilitando el desarrollo "*movimientista*" como ocurrió en otras latitudes. Sin embargo, estamos lejos de aquel mundo republicano e ilustrado en que los partidos políticos poseían un arraigo entre los ciudadanos. El síntoma inequívoco del presente político es la "*crisis de los partidos*". En estas circunstancias históricas, anunciar el fracaso ineluctable de los movimientos sociales resulta, por lo menos, incierto.

Más que a una "*enfermedad infantil*", estamos asistiendo a la irrupción de diversas formas de demandas ciudadanas en un espacio político donde los partidos están debilitados o ausentes. Lo que advertimos en la actualidad no es el fracaso de los movimientos sociales sino, por el contrario, un fracaso de los partidos políticos cautivos de un orden binominal y cooptados por una democracia de baja intensidad diseñada por las elites durante la dictadura que muestra cada día sus arrugas y fisuras. Todo movimiento social, como cualquier empresa histórica, tiene riesgos que son fruto de sus propias tensiones y

del asedio constante desde el poder. Como en toda genuina "*experiencia histórica*" nada está garantizado de antemano, en este sentido estricto, la movilización estudiantil chilena es aprendizaje. No es posible predecir un derrotero ni, mucho menos, un resultado final. Solo nos cabe constatar su dinámica presente, su abigarrada presencia como demanda política y social.

Manifestaciones estudiantiles en Chile **VIII**

Contra cultura: Medios y educación

1.- De Woodstock a Piedra Roja

Una de las dificultades para analizar las actuales manifestaciones estudiantiles radica en que sus aspectos políticos limitan y se confunden con transformaciones culturales. Para decirlo de manera sencilla, las demandas estudiantiles se instalan en el campo político como un vector de oposición al orden imperante y se ubican a la izquierda del espectro, pero al mismo tiempo lo hacen de un modo que les es propio. Ya no se trata de un movimiento organizado y jerarquizado en torno a un partido y ni siquiera podemos reconocer en él un discurso ideológico nítido. En términos más rigurosos podríamos decir que estamos más bien ante un "*movimiento rebelde*" que ante un "*movimiento revolucionario*" propiamente tal.

La "*rebeldía juvenil*" no es tan solo un tópico político, se trata más bien de una cuestión cultural que emerge

como un fenómeno masivo en las sociedades capitalistas avanzadas tras la Segunda Guerra Mundial. Su génesis guarda estrecha relación con los hallazgos de las vanguardias estéticas de principios del siglo XX. La exploración de lo inconsciente, el hedonismo y la libertad plena del individuo marcaron a dadaístas y surrealistas, su sello no fue otro que el escándalo y su propósito declarado, político y moral: "*espantar burgueses*". Se trató de un movimiento restringido a un grupo selecto de artistas marginales o como solían decir "*la canalla dorada*"

La expansión y desarrollo de una "*sociedad de consumidores*" regimentada por una "*industria cultural seriada*" creó las condiciones de posibilidad para el nacimiento de una "*contra cultura*", un difuso "*ethos*" anticapitalista, libertario, hedonista e individualista, próximo a algunos existencialismos en boga en los años cincuenta del siglo pasado. Así, grupos de artistas como los *Beatniks* constituyeron la punta de lanza para una masificación de aquellos descubrimientos de la vanguardia de los años veinte en París. Esto aconteció en los campus universitarios de los Estados Unidos. Ya *James Dean* prefiguraba el nuevo arquetipo, trágico y audaz, de la juventud estadounidense: "*Vive rápido, muere joven y deja un bonito cadáver*" Lo que vino luego, ya es historia. Se masificó en todo el mundo el consumo de música *Rock* y sus infinitas derivaciones con la misma fuerza que la marihuana y el amor libre. El movimiento *Hippie* es conocido hoy por ser uno de los actores fundamentales contra la guerra de Vietnam y por sus

hitos *contra culturales* como *Woodstock*, tres días de paz y amor en agosto de 1969.

Nuestra sociedad no estuvo exenta del impacto mundial de la *contra cultura* que encontró rápidamente adherentes en sectores medios urbanos. La influencia inglesa, estadounidense y argentina marcó la instalación de este nuevo "ethos" cultural entre nosotros. En el caso de Chile, se produjo una convergencia histórico – cultural en la cual se produjo una yuxtaposición de dos regímenes culturales concomitantes. Por una parte, se iniciaba el gobierno de una coalición de izquierdas, la Unidad Popular, encabezada por el presidente Salvador Allende y, por otra, los grupos musicales de *Rock* y el consumo de "*hierba*" se diseminaba en facultades y liceos. En octubre de 1970 se realiza en la capital el "*Festival de Piedra Roja*" siguiendo el ejemplo de "*Woodstock*" multiplicado al infinito por un filme homónimo. La juventud chilena de aquellos años estuvo signada por la imagen del *Che* y de *John Lennon*.

2.- *El bueno, el malo y el feo*

Este proceso fue brutalmente interrumpido por el golpe militar de 1973. La cruenta dictadura encabezada por Pinochet significó el fin de toda expresión progresista. En Chile se enseñoreó la muerte y la censura por casi dos décadas. Como

verdadera antítesis del tiempo inmediatamente precedente, se impuso el corte militar proto fascista a una sociedad aterrorizada por allanamientos masivos a poblaciones y un implacable toque de queda. Nuestro país se convirtió, literalmente, en un "estado policial" cuyas huellas profundas persisten hasta el presente en nuestra vida social.

Si intentamos establecer la lista de figuras repudiables y repudiado en el Chile dictatorial, Augusto Pinochet ocupa, fuera de discusión, el lugar del antagonista, *el malo*. Su traición al presidente Allende, que lo había nombrado Comandante en Jefe del Ejército, se inscribe en las páginas de la "*Historia Nacional de la Infamia*" por derecho propio; a eso, empero, se suma su falso patriotismo que lo llevó a enriquecerse ilícitamente como un vulgar ladronzuelo y, no podía ser menos, todo esto en un clima de genocidio y tortura que lo han puesto a nivel mundial como un criminal de lesa humanidad. Por el contrario, la figura del Cardenal Raúl Silva Henríquez se agiganta con los años. Un salesiano que, desde un primer momento se puso de lado de las víctimas y ha pasado a la historia como un hombre bueno que se opuso a la barbarie. El feo fue encarnado por un grupo numeroso de paniaguados serviles al dictador, desde el "Mamo" Contreras a Onofre Jarpa, todos al servicio del crimen de manera directa o indirecta.

Si bien la dictadura estableció un control férreo de los medios de comunicación a través de una Dirección Nacional de Comunicación Social (DINACOS), floreció en nuestro país una soterrada cultura semi-clandestina que le otorgó continuidad a muchas de las tendencias previas. La llegada de la "cassette", inicio una forma de reproducción de bajo coste que muy pronto se convirtió en una práctica social generalizada. De manera que a través de esta modalidad se constituyó un canal de música alternativa que recuperaba, parcialmente, la memoria social plasmada en la música y que se distribuía a escondidas en universidades y en lugares de encuentro juvenil. Había nacido una "economía cultural informal" que incluyó cintas "pirata" de los originales, pero también libros, revistas y documentos con información adversa a la dictadura imperante. Este fenómeno alimentó un imaginario de resistencia política y cultural que culminaría años más tarde en la épica "Campaña del No", marcando el comienzo del ocaso del dictador.

3.- Malestar ciudadano

El "regreso a la democracia" ha sido un proceloso camino que ha extendido por demasiado tiempo la herencia constitucional de aquellos años, imponiéndole al país un orden tan autoritario como extemporáneo. Desde la perspectiva cultural, se advierte una interesante confluencia entre los años

inmediatamente anteriores al golpe de estado y un presente de consumo hedonista. Se advierte un "*malestar ciudadano*" que ha encontrado expresión en la música juvenil. Las nuevas generaciones parecen manifestar la misma insatisfacción denunciada por los *Rolling Stones* hace décadas: "*I Can't Get no Satisfaction*". Chile ha entrado en la constelación de la insatisfacción respecto de un "*modelo*" económico, político y cultural que ya no se sostiene.

Las movilizaciones estudiantiles constituyen la punta de un iceberg cuya verdadera dimensión permanece oculta bajo la línea de flotación. Aunque resulte paradójal, se puede entender este fenómeno como una "*revolución larga*", pues lejos de constituir meros episodios generacionales, las protestas de los estudiantes están destinadas a permanecer en el tiempo, constituyéndose en una cuestión política de primer orden. No se puede ocultar el sol con una mano, lo que las manifestaciones estudiantiles vienen a plantear es una radical transformación del Chile actual y eso no se puede hacer en el espacio judicial existente: *Tal es la estatura del desafío*.

Lo que se ha puesto en el tapete va contra la superstición neoliberal extrema que se practica en nuestro país. Se demanda al estado una participación directa y responsable en el ámbito educacional que garantice una educación gratuita y de calidad a sus ciudadanos. Bien sabemos que esto es una realidad en

otras naciones democráticas avanzadas, por lo tanto, no estamos ante un imposible ni se trata de inventar algo completamente nuevo. Chile conoció, de hecho, una educación planteada medianamente en tales términos durante buena parte del siglo XX. El punto es que aquello que se demanda para la educación se hace extensivo al sistema de salud pública, al sistema de previsión y al tratamiento y estatus de las minorías étnicas en el país.

La demanda planteada supone y exige "*cirugía mayor*" que no se soluciona aumentando la dotación de carabineros en la calle o mediante un decreto ministerial. Los procesos históricos y sociales atienden al sentir profundo de los pueblos y, en algún momento, se expresan con fuerza y decisión. Los llamados "*años de la transición*" van quedando atrás, los protagonistas de aquel momento ya no existen, las nuevas generaciones han comenzado a balbucir el futuro y están hartos de habitar un país extremadamente injusto que los excluye. Ya no les satisface el papel de "*perdedores*" que les asigna un mercado educacional clasista, y digámoslo con claridad, administrado por una tropa de papanatas, cínicos y oportunistas. Cuando aquellos que han sido condenados a ser "*perdedores*" entienden que ya no les queda nada que "*perder*", se movilizan y protestan.

Cualquier análisis lúcido de las movilizaciones estudiantiles debe entenderlas como un hecho político

de inusitada profundidad y envergadura destinado a permanecer. Estamos ante un síntoma que muestra el agotamiento de un modo de administrar el país que se ha prolongado en exceso. Chile quiere recuperar su tradición democrática más profunda y quiere hacerlo en este siglo XXI. Los estudiantes han dado un importante primer paso y reclaman protagonismo en esta sociedad que los quiere dóciles y ordenados. Cambiar la constitución de la república ha dejado de ser un asunto de políticos profesionales, ahora es un imperativo que comienza a masificarse entre los jóvenes.

Manifestaciones estudiantiles en Chile **IX**

Ausencia Escolar

1.- Estudiantes ausentes

Mucho se ha especulado en torno a la eficacia de las protestas, en cuanto, se afirma, la mayoría de los estudiantes ni siquiera están inscritos en los registros electorales. De suerte que el coro vocinglero por una educación pública, gratuita y de calidad no vale mucho a la hora de contar votos. En la actualidad, se ha modificado la ley electoral en el sentido de una inscripción automática y del voto voluntario. En principio, no hay ninguna razón teórica o empírica que indique una transformación radical del padrón electoral.

La cuestión de fondo es si acaso los millones de jóvenes ausentes en los procesos electorales modificarán su comportamiento en virtud de una ley de la república. Pareciera que la indiferencia a las elecciones se relaciona más bien con una

"*desconfianza radical*" respecto al sistema político en vigencia que a otra cosa. Esto explica la distancia del movimiento estudiantil frente a los partidos tradicionales, incluidos los partidos de izquierda, y la multiplicación de diversas agrupaciones alternativas. Hasta el presente, los partidos mismos no han mostrado un particular interés en reconstruir los puentes hacia los movimientos sociales en general y hacia el movimiento estudiantil en particular.

El síndrome de los "*estudiantes ausentes*" significa, ni más ni menos, la existencia de un "*mundo político paralelo*" sin vasos comunicantes con la institucionalidad política construida tras la dictadura. Esta no es una buena noticia para las autoridades de gobierno ni para la "*clase política*" adscrita al oficialismo o la oposición. Este mundo político otro es variopinto y reconoce matices, sin embargo, como conjunto expresa una "*racionalidad política*" muy alejada del cálculo electoralista y de los "*grandes temas*" que se discuten en el poder legislativo.

Para decirlo con moderación, en la mayoría de estos "*estudiantes ausentes*" hay indiferencia, acaso desdén, hacia el "*establishment*" político tradicional; y no faltan buenas razones que expliquen esta actitud arraigada entre los más jóvenes. Los cuatro gobiernos concertacionistas fueron capaces de poner en evidencia que dicho conglomerado no era la solución sino una parte importante del problema. En un

balance retrospectivo de la mentada *Concertación*, se podría afirmar que más allá de los discursos, lo cierto es que el país no avanzó significativamente hacia una democracia más plena, convirtiéndose en los hechos en mera administradora del orden heredado, aplicando medidas cosméticas cuando hubo ocasión. La modificación de la LOCE por la LGE resume muy bien este punto de vista.

2.- Piñera, Hinzpeter y los otros

La llamada "*Ley Hinzpeter*" impone drásticas sanciones a quienes promuevan o participen en futuras protestas estudiantiles, entendiendo como agravante el usar capucha. El gobierno le ha puesto "*suma urgencia*" a esta iniciativa del ejecutivo y ya ha sido aprobada por la *Comisión de Seguridad de la Cámara de Diputados* en diciembre 2011. Se busca convertir en "*delito*" lo que la autoridad considere un atentado contra las personas y/o contra la propiedad. Las penas consideradas son de presidio menor en su grado medio, es decir, 541 días a 3 años de cárcel. Se llegó al extremo de incluir entre los delitos toda forma de registro fotográfico, audiovisual o de sonido.

Lo que quiere el señor ministro es fortalecer un "*estado policiaco*" que criminalice toda expresión de los movimientos sociales. Es claro que si llega a aprobarse este proyecto de ley, el concepto mismo de

democracia en Chile descendería varios escalones hacia el sótano del autoritarismo y sería el equivalente de apagar un incendio con gasolina. El proyecto pone en evidencia, una vez más, la escasa vocación democrática del actual gobierno de derechas y la miopía política de que adolece.

Basta imaginar a cientos o miles de jóvenes estudiantes procesados en virtud de esta ley para dimensionar la profundidad del dislate. Solo la incapacidad política de un gobierno explica el talante autoritario de una administración como la actual. Convertir el mero llamado a una movilización en "*incitación*" de "*desórdenes u otro acto de fuerza*" es una grave limitación a la libertad ciudadana. El proyecto de ley pareciera redactado por un encargado de la DINA, pues carece del más mínimo tino político que se espera de un ministro de estado.

3.- El espectro de Pinochet

Las actuaciones recientes del actual mandatario muestran que el espectro de Pinochet todavía se pasea por *La Moneda*. Para vergüenza de este país, hace muy poco sectores de extrema derecha se han permitido enaltecer la figura del sátrapa en un acto público, haciendo apología del crimen y el terrorismo de estado. Este acontecimiento que habría sido inaceptable en cualquier democracia sana ha sido

posible entre nosotros gracias a una actitud permisiva y tolerante de un gobierno de derechas que posa de liberal. Lo cierto, es que en el seno de la Alianza política de la derecha el liberalismo político no existe. La elite dirigente no es otra que aquella que consagró el terror en "*Chacarillas*", formada en un anticomunismo de Guerra Fría y, desde luego, en el neoliberalismo de Chicago.

En este contexto, nada tiene de singular que un ministro de "*Renovación Nacional*", la supuesta "*ala liberal*" de nuestra derecha haya engendrado un proyecto de ley digno de las más afiebradas ensoñaciones del "*Mamo Contreras*". El gobierno de Piñera, como el dios Jano, tiene dos caras. Un rostro sonriente y demagógico cada vez que engaña a los chilenos con promesas y mentiras, un rostro autoritario y agresivo cuando se trata de hacer frente a los movimientos sociales que se expresan en diversas ciudades del país. Es triste observar los establecimientos educacionales cercados por carros policiales y a los estudiantes convertidos en delincuentes por autoridades incompetentes e incapaces del más mínimo respeto por los planteamientos de los jóvenes estudiantes de Chile.

La pretensión gubernamental de reeditar entre nosotros las conocidas prácticas pinochetistas de represiones masivas como fundamento de un "*orden policiaco*" debe ser denunciada como prácticas

abiertamente antidemocráticas. Los ciudadanos tienen pleno derecho a expresar su malestar ante el atropello a sus derechos. No es lícito que este gobierno o cualquier otro convierta las escuelas en "*campos de concentración*" de corte fascista, no es aceptable que un gobierno que se reclama democrático patrocine una iniciativa legal que, en los hechos, niega las libertades más elementales.

Hasta el presente, el gobierno, y por extensión la "*clase política*" en su mayoría, ha cerrado las puertas a las demandas de los estudiantes, buscando soluciones cupulares que burlan una y otra vez las cuestiones de fondo. Hasta el presente, las autoridades solo enarbolan la cavernaria política del garrote, negándose a buscar con seriedad una real salida política al conflicto. Los estudiantes han estado ausentes de la institucionalidad política porque no se les reconoce en su estatura de ciudadanos, han estado ausentes porque se buscan soluciones sin que el movimiento estudiantil sea tomado en cuenta. En definitiva, la ausencia estudiantil no es sino un síntoma más de una democracia enferma.

Manifestaciones estudiantiles en Chile X

Educación y Mercado

1.- El saber performativo

Ya hacia fines de los años setenta se estableció un inquietante diagnóstico que apuntaba hacia un nuevo estatuto del saber en las sociedades desarrolladas. El saber dejaba atrás todo relato de emancipación como fuente de su legitimidad. En la nueva sociedad que emergía, el saber se legitimaba tan solo en virtud de su utilidad en el seno del mercado. La interrogante ya no era si acaso tal teoría o modelo representaba la "verdad", sino responder a la pregunta "*¿para qué sirve?, ¿se puede vender?*" Este nuevo enfoque reflejaba según algunos teóricos la condición "*postmoderna*" a la que arribaba el tardocapitalismo globalizado.

Esta nueva orientación ética y epistemológica fue diseminada en el mundo entero con el apoyo de redes y tomó la forma de diplomados, postítulos, Masters y MBA's. Las universidades fueron sometidas a esta

nueva lógica performativa mediante mecanismos de "acreditación" y los gobiernos se propusieron, en toda América Latina, la promoción del I+D, la investigación y el desarrollo. Los resultados, hay que decirlo, han sido magros y débiles. Ningún país de esta región del mundo ocupa siquiera un lugar preeminente en los listados mundiales y la calidad de las instituciones de educación superior chapotean, más bien, en lo inferior. Sin embargo, esta concepción globalizada de la educación la ha convertido en un área de negocios muy prometedora.

En el caso de Chile, tanto las universidades públicas como privadas han convertido sus instituciones en entidades financieramente viables gracias a la precarización de los empleos de docentes y administrativos. Nace la figura del llamado "*profesor taxi*" que presta sus servicios a "*honorarios*" en diversas entidades cuyo giro es la educación técnica o universitaria. Esta forma de empleo a tiempo parcial dificulta, desde luego, cualquier política seria de investigación y desarrollo en cualquier dominio del saber. La investigación entre nosotros es escasa y el número de patentes mínimo. Los informes *OMPI / INSEAD 2012*, con sede en Francia, revelan un muy bajo desempeño de los países latinoamericanos en relación a calidad educativa, ciencia y tecnología. Cuando la educación sirve al lucro, su calidad decae. Cuando la educación es concebida como un mero "*bien de consumo*", su calidad decae. Cuando la

educación se convierte en un negocio desregulado, deja de cumplir su función y su calidad decae.

2.- El estado ausente

La educación es, de modo inevitable, una empresa de largo aliento y de elevados costes. Para un país se trata, nada menos, que de la formación de generaciones para ingresar al sistema de ocupación en una sociedad dada, se trata del nivel cultural de la población. Si aceptamos la premisa de que la educación es un derecho, resulta claro que la responsabilidad recae, en primerísimo lugar en el estado. Es responsabilidad del estado nacional garantizar la educación gratuita de alta calidad a su población. Estamos hablando de un sistema educacional que incluya el jardín infantil para madres trabajadoras hasta la educación superior terciaria. Es obvio que un esfuerzo de esta magnitud eleva en varios puntos del PIB la asignación de recursos en políticas sociales. En los países de la OCDE, Chile exhibe uno de los niveles más bajos en este ítem respecto de sus pares, de hecho el promedio de dichas naciones duplica el gasto nacional y, Francia en particular, lo triplica.

Una cuestión que pocas veces se advierte es el hecho de que la gratuidad de la educación es, antes que nada, una "*decisión política*". Así, por ejemplo,

gobiernos económicamente más débiles que el nuestro han asumido la responsabilidad de entregar educación a su pueblo de manera gratuita. La lista es larga e incluye, por cierto, a varios países de nuestro entorno. Pensar la educación como un derecho de los pueblos y como una obligación insoslayable de los estados nos muestra, por contraste, la aberración lamentable en que se encuentra sumido el sistema educacional chileno.

La ausencia del estado nacional para financiar la educación de los más, es, paradójicamente, una vigorosa presencia para los "*empresarios educacionales*", sea mediante aportes fiscales directos o indirectos y cualquier forma de "*crédito avalado por el estado*". El erario nacional ha sido puesto al servicio de un grupo de empresarios y banqueros que medran de tales aportes para enriquecerse de la deuda de los estudiantes que costean el negocio. Todo ello, y no es menor, a través de corporaciones "*sin fines de lucro*" y por tanto, exentas de tributación. En suma, la insaciable voracidad y codicia de unos pocos que lucran con la educación está hipotecando el destino de nuestros hijos y, en última instancia, cualquier posibilidad de desarrollo y bienestar para nuestro país.

La cuestión educacional es, nos guste o no, uno de los problemas políticos y morales cardinales de nuestro tiempo, pues del modo en que resolvamos este trance determinará nuestro porvenir. La miopía, el

oportunismo y la codicia de nuestros gobiernos ha sido capaz de postergar una y otra vez la cuestión educacional. Han sido las manifestaciones estudiantiles las que han puesto el dedo en la llaga, han sido las nuevas generaciones las que nos están señalando la magnitud del problema. Estamos, como se acostumbra decir, frente a un "*problema -país*", esto quiere decir que atañe a la sociedad en su conjunto. Por ello, no resulta aceptable que los afectados, estudiantes y docentes sean marginados de las propuestas y proyectos que se discuten a puertas cerradas. Para expresarlo con absoluta franqueza, la educación no es un asunto de mercaderes ni de políticos profesionales, se trata de un interés fundamental de los chilenos y, en tanto tal, la cuestión educacional requiere de la más amplia participación del estamento estudiantil y docente.

Sabemos cuan distantes estamos de tales prácticas democráticas cuando la autoridad promueve leyes draconianas para reprimir el movimiento estudiantil, convirtiendo facultades y colegios en cotos cercados por carros policiales, utilizando sus voces esclavas para desacreditar este movimiento social y denostar a sus líderes. Las autoridades de gobierno se ensañan contra los estudiantes de este país para defender a una caterva de sinvergüenzas que han convertido la enseñanza en una mercancía.

3.- Educación y mercado

El concepto mismo de "educación" está reñido con el de "mercado", señalando una relación contrapuesta. Educar supone una cuestión ética de fondo en cuanto "desarrollar" y "perfeccionar" facultades intelectuales y morales en los jóvenes o niños, mientras que el mercado es el espacio al que concurren los "agentes económicos" para transar bienes y servicios. Convertir la educación en un "bien de consumo", es, si lo examinamos de cerca, un acto de profunda inmoralidad, una acción aberrante que no tiene justificación alguna, salvo la codicia y la ignorancia. Educar a otro es despertar y enriquecer sus facultades, esto requiere una vocación genuina que entraña un compromiso y una responsabilidad. Educar es una de las muchas maneras en que se expresa, en su más alto sentido, "el amor al prójimo" y eso no se transa por un puñado de monedas.

Los estudiantes movilizados en las calles de nuestras ciudades luchan por una causa justa, están del lado correcto de la historia. Solo la ceguera de unos cuantos impide ver con nitidez y lucidez la justicia de su demanda. No seamos ingenuos, el reclamo estudiantil no tiene fecha de caducidad, pues constituye un anhelo profundo, un horizonte, de muchos padres y apoderados atribulados por el pago de la matrícula y las deudas para entregarles una mejor vida a sus hijos. Los pobres de Chile quieren

que sus hijos se eduquen en colegios públicos, gratuitos y de calidad. No quieren ser más las víctimas de bancos inescrupulosos que los esquilman "*legalmente*", aumentando su angustia, empobreciéndolos todavía más.

Los estudiantes chilenos están en la calle porque Chile se olvidó de ellos y de sus familias hace mucho. Los estudiantes chilenos están aprendiendo la más dura lección de sus vidas, la lucha social por sus derechos. Muchos de ellos, sin saberlo siquiera, han suspendido la lectura de los textos de historia para comenzar a escribir su propia página. Los miles que marchan enarbolan las banderas de la juventud que sueña un país otro. Ellos encarnan hoy la palabra "*Educación*", con mayúsculas, frente a una sociedad enferma que idolatra al becerro de oro.

Manifestaciones estudiantiles en Chile **XI**

Notas Pendientes

1.- ¿Inútiles y subversivos?

El presidente de un partido oficialista ha calificado a quienes protestan en las calles de Chile por su derecho a la educación como "*una manga de inútiles subversivos*", incluye en su insolente calificativo a algunos parlamentarios en ejercicio. Lo primero que salta a la vista es la distancia que media entre la derecha republicana de antaño y las nuevas elites políticas y empresariales formadas en la escuela Pinochet. En efecto, la mayoría de los nuevos dirigentes de la llamada derecha chilena fue bautizada por el dictador en "*Chacarillas*" en 1977. En una suerte de rito pagano escenificado entre antorchas en plena noche dictatorial, se selló un pacto entre la plutocracia y el terror.

Las nuevas cohortes de dirigentes de la derecha han sido formadas en las ideas propias de la Guerra Fría. A más de treinta años de distancia, el credo neoliberal

llevado al fanatismo, así como un rabioso anticomunismo parecen ya cosa del pasado. Sin embargo, tales ideas persisten obstinadas en el imaginario de este sector político, hoy en el gobierno. Al igual que Fausto, la derecha chilena estuvo dispuesta a sellar un pacto con Mefistófeles con tal de asegurar su riqueza y sus privilegios. El resultado está a la vista: Una derecha minusválida a la hora de gobernar en democracia.

Los dichos del señor Carlos Larraín son sintomáticos respecto de cierta incapacidad política de la derecha para habérselas con el país real que marcha por las calles. Tratar de "inútiles subversivos" a todo aquel que disienta de sus supersticiones políticas y económicas, o manifestarse aterrorizado frente a un eventual "plebiscito" es, por decir lo menos, impropio de un comportamiento democrático consistente. Por este camino, la única respuesta posible ante las demandas justas de los ciudadanos es la represión y la violencia policial. Tal ha sido la lección aprendida de Augusto Pinochet.

De este modo, una derecha que sostuvo toda su demagógica campaña electoral en el "cambio" se encuentra, paradójicamente, paralizada ante la exigencia de cambios planteada por los ciudadanos. Los dirigentes de este sector político, mal formados en visiones reduccionistas tecno económicas y en las miserias de la dictadura, están ayunos de sabiduría

histórica y se muestran incapaces de liderar la profunda transformación política que reclama la sociedad chilena de hoy. Ni inútiles ni subversivos: Nuevas generaciones de chilenos que reclaman su derecho a vivir en un país democrático de verdad.

2.- Ceguera neoliberal

Los chilenos hemos asistido a una de las más masivas manifestaciones ciudadanas de los últimos años. Esto plantea algunas cuestiones de fondo que es indispensable esclarecer. Se ha dicho que hay tres modos de no comprender los problemas que se plantean: Primero, negar o no ver el problema. Segundo, ver el problema pero ser incapaz de advertir una solución posible. Tercero, no plantear el asunto en el nivel analítico que reclama. Así, entonces, es menester reconocer que las demandas planteadas por los estudiantes han excedido el ámbito propiamente educacional para instalarse como una demanda ciudadana. No nos engañemos, estamos ante un amplio malestar ciudadano con el actual estado de cosas al que nos ha conducido el llamado "*modelo chileno*", instaurado en la década de los ochenta.

La protesta ciudadana, encabezada por los estudiantes, divide verticalmente a la sociedad chilena y ha desbordado los cauces previstos por la institucionalidad política, incluidos los partidos

oficialistas y opositores. Entre las muchas lecciones que deja esta protesta masiva, es que por vez primera en mucho tiempo, los ciudadanos "*saben que pueden*". De modo que, utilizar como distractores de opinión pública actos aislados y marginales de violencia callejera es negar y no abordar el problema de fondo. La protesta ha llamado la atención por su lúdica claridad y nitidez, se reclama la presencia del estado en garantizar un derecho fundamental: Educación gratuita para los chilenos. Pongamos las cosas en su lugar: Acusar a los estudiantes de "*ideologizar*" sus demandas es de una torpeza solo concebible en autoridades enceguecidas por la ideologización neoliberal, incapaces, por tanto, de entender siquiera la diferencia entre un derecho y un negocio.

La masiva protesta ciudadana pone en jaque a un gobierno que ha perdido la iniciativa política, arrastrando con ello al conglomerado opositor. Una derecha anclada a una constitución y a una ideología de hace ya más de tres décadas ha perdido, irónicamente, su capacidad para el cambio que prometió. Una amplia mayoría de chilenos y, muy especialmente, las nuevas generaciones reclaman, justamente, un cambio profundo en el país. Atentos e informados sobre las realidades de otras democracias más avanzadas en el mundo, sensibles y cada vez más conscientes de sus derechos, los chilenos están, hoy, menos dispuestos a seguir viviendo una

democracia autoritaria: un sistema injusto y abusivo, arcaico y clasista.

Si reconocemos el problema planteado en toda su radicalidad, es claro que, en el futuro inmediato, es imperativo avanzar hacia una reconfiguración del mentado "modelo chileno". Aquellos políticos que sean capaces de atender al clamor de las mayorías y que posean el talento y la valentía de "*pensar en grande*", podrán liderar el cambio que Chile reclama. Cualquiera sea la fórmula democrática para modificar el rumbo del país, ésta deberá conjugar términos que, hasta aquí, parecen excluyentes: crecimiento económico y justicia social, desarrollo y democracia. La historia suele imprimir sus tiempos y sus ritmos a las sociedades humanas, la sabiduría política consiste en saber descifrar las sendas y horizontes que nos señalan. En esta segunda década del siglo XXI, es hora de ir dejando atrás la herencia infame de tanto prejuicio, de tanta injusticia y avanzar sin miedo hacia un Chile más justo.

3.- Juventud divino tesoro

Si hay algo que se puede afirmar con certeza del Chile de hoy es el hecho evidente esta época es protagonizada por una nueva generación. Un hecho demográfico con repercusiones culturales, sociales y políticas, Nos guste o no, cuanto más avanzamos en

edad, menos nos pertenece el mañana. No obstante, los asuntos públicos son administrados por una clase política anclada en individuos e ideas cristalizadas hace décadas. Esta suerte de "*brecha generacional*" es una de las componentes, no la única por cierto, de la actual crisis que vive nuestro país. Un contingente significativo de jóvenes están mutando el "*carácter social*" de la sociedad chilena actual.

Si lo pensamos con un mínimo de sensatez y aplicamos una "*comprensión generosa*" al bullicio en las calles, resulta claro que la mayoría de nuestra juventud reclama con vehemencia por una "*democracia de verdad*". Ni más ni menos: La "*educación pública gratuita*" es tan solo el aspecto coyuntural de un anhelo no solo legítimo sino imprescindible en una sociedad viva. A esto se opone, cómo no, el país individualista, mezquino, cínico, acomodaticio, cobarde y mediocre que hemos conocido por décadas.

Pocas veces el espíritu humano alcanza una cierta altura, lo normal es la medianía. Filósofos y poetas han señalado el camino: Transformar el mundo, cambiar la vida. Los cambios en la vida de las naciones han sido protagonizados, justamente, por las nuevas generaciones capaces de concebir un mundo otro. Si bien durante doscientos años de vida "*independiente*", nuestra sociedad ha dado sobradas muestras del estado de miseria en que habitamos, ha

habido generaciones de chilenos que se han atrevido a enarbolar la bandera de los sueños, pagando, las más de las veces, con su vida tal atrevimiento.

La juventud de hoy reclama, finalmente, su lugar en este mundo, un porvenir que les pertenece por derecho propio. Es de necios oponerse al nuevo verdor en nombre de verdades ya resecas y estériles. Puede que los jóvenes cometan muchos errores, pero serán los suyos. A los mayores nos corresponde más bien facilitar el despliegue de esta fuerza que emerge, asumir el desafío con generosidad y grandeza de espíritu, sabiendo que cada nueva generación es una oportunidad para hacer de este país un hogar más justo, más digno para todos.

4.- Educación: Una cuestión política

Las manifestaciones estudiantiles ponen en evidencia que el tema de la educación se inscribe entre las grandes cuestiones políticas no resueltas en el país. Las demandas planteadas por los estudiantes, profesores y académicos es clara: La educación es un derecho y no una mercancía más expuesta a los avatares del mercado. Desde el punto de vista neoliberal se trata, desde luego, de una herejía que contradice todos los manuales de economía liberal en los que se han formado las elites.

Contra la presunta razón neoliberal, habría que recordar que en la historia de las luchas sociales en Chile, la educación gratuita y de calidad para todos ha sido una bandera enarbolada por los más diversos sectores políticos, desde don Pedro Aguirre hasta Salvador Allende. Esto quiere decir que la educación representa un anhelo de superación para las nuevas generaciones, un derecho elemental de niños y jóvenes que nacen en esta tierra. En este preciso sentido, no se trata de barajar guarismos y porcentajes, se trata de una decisión política. Es bueno recordar que naciones mucho más precarias económicamente han tomado la decisión de garantizar a sus ciudadanos una educación gratuita y de calidad.

Insistir de manera tan obstinada como obtusa en mantener "*el negocio de la educación*" entre nosotros, desprestigiando toda manifestación estudiantil como si se tratase de vándalos, es proteger a los mercaderes que por definición lucran con una cuestión tan sensible e importante para el desarrollo del país. Cuando un gobierno sostiene este tipo de políticas insulta a miles de familias que deben endeudarse para costear la educación de sus hijos, sin saber si llegarán a obtener su título.

Las protestas estudiantiles no son un acontecimiento puramente episódico, entenderlo así es no entender el

problema de fondo. La educación chilena atraviesa una profunda crisis derivada de haber convertido este derecho en una mercancía más, en detrimento de los sectores más pobres. Digámoslo con todas sus letras: El neoliberalismo muestra la estatura de su fracaso, justamente, en todas aquellas cuestiones importantes para la sociedad, en primer lugar la educación.

A quienes sostienen que concebir una educación gratuita en el actual estado de cosas es una quimera irrealizable, habría que recordarles que la privatización de la educación fue una decisión política del dictador en sus últimas horas. El Chile de hoy está poniendo en evidencia que la democracia pos autoritaria de equilibrios cupulares al interior de la clase política comienza a mostrar sus grietas e inconsistencias. Cuando cientos de miles de chilenos protestan en las calles contra los que se enriquecen con la educación y son tratados como delincuentes por los medios, el gobierno y la policía, es que algo anda mal con nuestra democracia.

5.- Mala educación

El país atraviesa un momento político complejo que ya no admite las ideas y categorías que hasta hace poco explicaban este ámbito del quehacer nacional. Por ello, antes de intentar una visión más amplia de lo que está ocurriendo se hace indispensable delinear la

naturaleza y el alcance de este fenómeno social. He ahí, una primera precisión: Asistimos al más importante fenómeno social, político y cultural en nuestro país en dos décadas.

No nos engañemos, una movilización capaz de convocar a cientos de miles durante varios meses consecutivos por una serie de demandas ciudadanas es algo que no se veía en nuestro país desde hace mucho tiempo. Se trata, desde luego, de una movilización social organizada y democrática cuyas demandas son políticas, en el más alto sentido del término. Pero, además, tales demandas están delatando una nueva atmósfera cultural o "*ethos*" en nuestro país. Dicho con claridad, lejos de ser una mera "*huelga estudiantil*", estamos ante un reclamo ciudadano de envergadura que pone en jaque – ni más ni menos – el llamado "*modelo chileno*"

Si la derecha chilena creía haber detenido los procesos históricos, cristalizándolos en un marco jurídico constitucional redactado por mano militar, habría que decir que se equivocó. La realidad presente muestra que las nuevas generaciones desafían abiertamente la "*jaula institucional*", la misma que administraron con eficiencia los cuatro gobiernos concertacionistas, con que se ha pretendido acallarlos. El estado de hastío ciudadano es el síntoma inequívoco de que el mentado "*modelo*" está haciendo agua.

No es hora de hacerse ilusiones fáciles. Es claro que el cambio que se reclama no puede ser satisfecho con las actuales reglas del juego. Por de pronto, ni la Asamblea Constituyente ni el mecanismo plebiscitario están contemplados en la constitución vigente. El proceso en marcha solo posee sentido puesto en el horizonte de una transformación democrática profunda en el país. Una tarea nada de fácil si consideramos la trama de intereses y complicidades generados en torno al actual estado de cosas, un tejido que incluye poderosos y oscuros poderes fácticos (castrenses, eclesiásticos, económicos y políticos)

Con todo, hay que decir que la ciudadanía simpatiza ampliamente con la justa causa enarbolada con mucha valentía por los estudiantes. No obstante, no es suficiente estar del lado correcto de la historia. No basta la legitimidad de una demanda democrática, es menester luchar por ella con denuedo. Los rostros alegres de la nueva dirigencia estudiantil dan cuenta de una generación bien educada, bien inspirada, lúcida y apasionada, tan distante de las autoridades de derecha, mal educados, que solo saben repetir la lección aprendida de sus maestros uniformados: amenazar, reprimir, humillar, insultar, mentir.

6.- *Las mentiras de la televisión*

Ante el resultado de las recientes encuestas sobre el rechazo de la ciudadanía tanto a los políticos de gobierno como a los representantes de la oposición, sería interesante preguntarse por el nivel de rechazo de la ciudadanía frente a los medios de comunicación, especialmente frente a los noticieros de la televisión abierta. Es ya un lugar común que la mayoría de los periodistas transmitan "en vivo" las protestas callejeras, mostrando – desde luego – los "actos vandálicos", la "violencia y los desmanes". El libreto ha llegado a ser monótono, alguna periodista primeriza entrevista a comerciantes callejeros victimizados por la protesta, a renglón seguido, los encargados del "orden público" aparecen amenazando a los dirigentes de profesores y estudiantes. Finalmente, el señor presidente cierra el capítulo haciendo un llamado al diálogo y el entendimiento.

Lo único que queda fuera de esta "*nueva forma de informar*", que a decir verdad, no tiene nada de nueva, son – precisamente – los motivos y fundamentos de un movimiento capaz de aunar miles de voluntades. Nada se dice del estado lamentable en que se encuentra la educación pública, entre muchas otras cuestiones, en nuestro país. La televisión y otros medios silencian el clamor de un amplio sector de chilenos, haciéndose cómplices de una manipulación reñida con el más mínimo sentido ético y

profesional del periodismo. Con justa razón, un grupo de universitarios- futuros periodistas – gritan en las calles: *“Nos cansamos de la televisión, periodismo en acción, contra - información”*

Cuando quienes se están formando para trabajar en los medios de comunicación los perciben como una fuente de desinformación y mentiras,,, algo anda mal. Esta nueva generación, nativos digitales, posee herramientas y redes que les permiten un acceso a la información mucho más amplio en cantidad y calidad que sus predecesores: no sólo eso, además están en capacidad de constituir redes sociales de nivel nacional y global. En suma, los estudiantes de hoy tienen plena consciencia no sólo de las miserias políticas del país en que habitan sino también del modo cómo estas miserias se silencian.

Basta recorrer la infinidad de *“blogs”* y medios digitales alternativos, para advertir la brecha que existe entre la información oficial administrada por grandes monopolios mediáticos y aquella que alimenta a las futuras generaciones. En la red encontramos la bitácora de otro Chile, aquel que se encuentra apenas rasguñando la superficie y que se escribe cotidianamente. Allí están las imágenes, videos y fotografías, textos escritos y registros de audio, que reclaman la visibilidad que los medios oficiales les niegan. Si antes los periodistas se formaban como linotipistas, no es temerario pensar que es en este

mundo digital donde se están formando las nuevas generaciones de periodistas que ya se cansaron de los noticieros de la televisión chilena.

Manifestaciones estudiantiles en Chile

Epílogo

Quienes protagonizan las manifestaciones estudiantiles en Chile no son unos niños que no saben nada. Ellos constituyen una generación hastiada de vivir en una sociedad profundamente injusta, incapaz de garantizarles, mínimamente, una vida feliz y socialmente productiva. La demanda contra el lucro en la educación es nítido: basta ya de hacer de la educación un negocio. No es aceptable que miles de familias se tengan que endeudar por años con una banca insaciable para adquirir una formación de muy dudosa calidad, mientras unos pocos acumulan la riqueza del país. Lo que se reclama, en definitiva, es un papel protagónico del estado en todos los niveles del sistema educacional. Esto no es una utopía, es una realidad en muchos países del mundo.

Las nuevas generaciones de estudiantes están planteando una demanda política y social, lo hacen en una sociedad marcada por el sello del "consumo" y la "comunicación", esto ha transformado los modos de

expresión de lo político e, incluso, la modalidad de participación ciudadana. Esta "*nueva politicidad de lo político*" va dejando atrás aquella vieja modalidad ilustrada - republicana característica de los partidos e instituciones de los siglos anteriores. Aquel mundo de militancias y adscripciones duras se está desplazando hacia la inmediatez "*estético - performativa*"

Pero no nos equivoquemos, las demandas sociales siguen siendo profundamente políticas. El reclamo por una educación pública gratuita y de calidad resulta ser una interpelación radical a un orden "*oligárquico*" y "*neoliberal*" que se ha instituido en Chile como una prolongación post dictatorial. Aunque las cenizas del dictador se las ha llevado el viento de la historia, lo cierto es que su lamentable herencia está más viva que nunca entre nosotros bajo la forma de injusticia, impunidad y represión.

Las manifestaciones estudiantiles en Chile nos están mostrando cómo las nuevas generaciones participan y experimentan lo político. Sus coordenadas histórico - sociales difieren de aquellas que conocimos durante el siglo XX. En la actualidad, es cierto, el consumo y el desarrollo de las comunicaciones fruto de la convergencia tecno-científica en el tardocapitalismo, están señalando los límites de cualquier consideración teórica. Más allá, sin embargo, de las distancias en el tiempo, hay un delgado hilo que une a las generaciones en la historia; de algún modo sutil, los

jóvenes de hoy traen al presente una vieja "*tradición*" en nuestro país. En cada grito callejero, detrás de las demandas de los estudiantes late agazapada la "*tradición de los vencidos*", la historia de tantos que en distintos momentos sacrificaron incluso sus vidas por un país más justo y más digno.